

**Audiolibro Invasi N M Van Der
Meersch 2 Parte Cap Tulos V Vi**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Addison Fisher** (*Sea Cliff*) - - - - SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO Quinto. 1. Casi cada semana, Samuel Fontcroix iba a ver a Antoinette y a Edith a Roubaix. Ellas habían abandonado Lille. Samuel no podía proporcionarles ya mercancías, pues los alemanes habían cerrado definitivamente la frontera belga y todo el comercio se había hecho imposible. Edith, que no estaba falta de un cierto olfato en materia comercial, alquiló en la calle Lannoy de Roubaix una tiendecita donde comenzó a vender comestibles. Era aquella una casa del antiguo Roubaix, pequeña, baja, con ventanas estrechas parecidas a tragaluces de barco, una gran rinconera delante de la puerta, techos que se tocaban con la mano, atravesados por enormes vigas que mostraban entre ellas pequeños chorros de yeso y de greda. Estaba llena de ratas, de ratones, de pulgas y de hormigas. La bóveda inmensa y abovedada estaba encharcada, donde flotaban unas cosas espumosas y musgos de color blanco verde. De acuerdo con su carácter, Antoinette adoraba aquella casa, precisamente por su rareza y por ser extrañamente pintoresca. El comercio de Edith se parecía mucho al del viejo Duydt y a todo aquel traficar del tiempo de la guerra, en que nada estaba asegurado o regularizado, cuando se vendía todo lo que se encontraba, sin tener ninguna probabilidad de volver a aprovisionarse o cuando la penuria hacía subir el precio de los artículos de una manera impresionante. Un par de zapatos nuevos costaba setecientos francos y, de ocasión, ciento cincuenta; un kilo de remolacha se vendía a diez francos, el café a noventa y un pastel de harina blanca a trescientos; una correa de transmisión para cualquier máquina costaba una pequeña fortuna, porque con ellas se hacían suelas de zapatos. Todo faltaba, porque no se fabricaba nada. Eso era la causa de que Edith comprara sin cesar, haciendo de su casa una especie de almacén del monte de piedad, repleto de tejidos, de vestidos, de sacos de maíz, de botes de conserva, de objetos farmacéuticos, de cobre viejo, de herramientas, de libros y de instrumentos de música... Mucha gente frecuentaba su tienda, incluso numerosos alemanes. Acudían a comprar para sus familias lo que no se encontraba ya en Alemania. Cuando se marchaban de permiso, llegaban unos metros de tela o un pedazo de cuero. Eran los soldados quienes alimentaban la retaguardia. Edith les vendía lo que querían: viejos manteles y trapos para hacer camisas, servilletas para cortar pañuelos y colchas groseramente reteñidas con las que las mujeres alemanas harían pantalones y ropas a los niños. Los pobres diablos se llevaban aquellas cosas con la avidez de un tesoro y sus constantes visitas hicieron que pronto Edith y su hija se entendieran con ellos en una mezcla de alemán y de francés casi ininteligible. Explicaban a Antoinette la alegría de los suyos al recibir aquellos regalos, la desnudez del pueblo alemán, las camisas de tela de ortigas, el lino de papel, el cartón cuero, la lana química; una pobreza mayor que la que sentían los propios invadidos. Entre aquellos soldados alemanes los había resignados, ingenuos que se dejaban explotar hasta el límite, sin oponer resistencia. Otros, sin embargo, robaban, haciéndolo desvergonzadamente. Llevaban a Edith alcoholes de su cantina, azúcar, trigo y avena, cajas de bizcochos y confitura robadas de su intendencia. Tenían una audacia increíble. Soldados de guardia, de acuerdo con sus suboficiales, introdujeron un día un carro cargado con mil kilos de azúcar escondido bajo los rollos de hilo telefónico. Como les faltaban caballos, arrastraban por sí mismos el carro por las calles, como si fueran a realizar cualquier trabajo. Varias veces repitieron el golpe, pues entre ellos había verdaderos vividores que estaban en tratos con los contrabandistas, los ladrones y los granujas, que acudían también con frecuencia a casa de Edith a vender su mercancía. Era necesario tolerar a tales gentes. Solo ellos tenían la audacia de arriesgar su piel para buscar trigo y carne en Bélgica. Y también acudían con frecuencia las prostitutas, las amigas de los oficiales, las mujeres de los boches, a cambiar sus regalos en especies o a vender los frutos de sus rapiñas. Era aquel un medio brutal, cínico y codicioso en el que Edith maniobraba con osadía y diplomacia. Pero Antoinette, joven, ingenua aún en muchos aspectos, mostraba un azoramiento, un estupor, un disgusto que difícilmente podía reprimir. Sobre todo, el trato con los alemanes llevaba consigo adquirir una reputación de traidores, de vendidos, de

gentes que pactaban con el enemigo, que daban prueba de amoralidad. Antoinette era inteligente y comprendía pronto las miradas, las alusiones, la manera hiriente con que las gentes procuraban darle de lado. Experimentaba una cierta vergüenza y, por reacción inmediata, un desdén hacia los demás, una apatía completa hacia el «qué dirán», una afectación de audacia y de desenvoltura, una manera de andar, de vestirse, de obrar y pensar, que frisaba en la desvergüenza. Reacción muy natural de la juventud, pero que no hacía más que alentar aún más la malignidad. Y, sin embargo, Antoinette experimentaba con toda intensidad el espíritu perverso de aquel mundo que la rodeaba. La mayoría de la gente se contentaba con vivir de cualquier modo, de la caridad oficial, de las asignaciones que distribuía el Municipio, del racionamiento, de la distribución de los géneros y del carbón, pero sin hacer nada más. Ellas al menos, trabajaban, se mataban para ganarse la vida. ¿Qué reproche podían hacerles? No desmerecían en nada. Eran útiles a sus semejantes, procurando comida a gentes que no la hallaban por sí mismas y tela a los soldados alemanes, tan resignados, apacibles y miserables como los franceses. Se afanaban en la tienda de la mañana a la noche, transportando sacos, seleccionando trapos, remendando ropas, limpiando, cosiendo y trabajando hasta el agotamiento. Edith era robusta y soportaba aquel trabajo sin fatiga. Pero Antoinette adelgazaba. Samuel se inquietaba algunas veces por su hija. La encontraba pálida y floja. Ella protestaba. No se sentía mal. La única repercusión que había sobre ella, el exceso de fatigas y de privaciones era un ensombrecimiento de su humor, ansiedad y nerviosismo. Pero la inquietud de su padre acabó también por hacer presa en ella. Comprendió que aquella vida que llevaba era imprudente desde cualquier punto de vista. Comenzó a darse cuenta de la cordura paternal que había querido que permaneciera más tiempo en el colegio, ahorrándose todos los golpes de la existencia. Veía perfectamente que Samuel educaba al pequeño Christophe de otra manera a la que ella había sido educada... Y aquello la sumía en una gran incertidumbre. Llegó a dudar de su madre y a preguntarse si verdaderamente la razón estaba de su lado. De todas maneras, su hermanito Christophe era mucho más feliz que ella. ¿Qué hubiera ocurrido en el caso de que su padre la hubiera educado como Christophe? Sin duda, sería completamente diferente de lo que era. Después de años enteros de vida libre, bajo la ligera tutela de su madre, se veía desengañada, asqueada por el conocimiento demasiado precoz de un medio depravado, instruida en la existencia de sus feas realidades, horrorizada ante el hedor del mundo. A los dieciséis años no le quedaba ninguna ilusión sobre los hombres y sobre el amor. No había en ella ninguna esperanza, ningún sueño. Una truhanería precoz en la que se exageraba el lado malo, una habilidad femenina en manejar a su madre, en halagarla, en excitar su celo, en sacarle dinero, vestidos y demás chucherías. Una ignorancia casi total, lecturas incoherentes, un fondo de educación y de instrucción, inexistente y una reputación deplorable e innecesaria formaban su ser. Ella hubiera querido recobrar, volver a encontrar un equilibrio y se desesperaba al no saber cómo lograrlo. De vez en cuando volvía la mirada hacia su padre con angustia. Allí estaba, acaso, la salvación. Quiso estudiar, buscar los motivos de cómo su padre educaba y dirigía a Christophe y llegó a sentir delante de él vergüenza de lo que ella seguía siendo. Aquel fue uno de los momentos de su existencia en que su espíritu trabajó con mayor intensidad. Hizo un esfuerzo para evadirse de la rutina diaria, para elevarse por su propia y fácil fuerza hasta un plano intelectual y moral superior. ¿Cómo obrar? ¿Y para concluir dónde? Ella no sabía nada. Tan solo tenía la sensación de que necesitaba instruirse, sin discernir claramente por dónde comenzar. Confió en su suerte, en sus gustos. Un pudor íntimo le impidió pedir consejo a su padre. Se puso a aprender simultáneamente el español y el violín, saciando al azar aquel apetito de conocimientos propios de la juventud. Leyó frenéticamente, cogiendo de las estanterías de la tienda todo lo que le venía a mano y repitiendo una y otra vez lo que no comprendía, persuadida de que hacía sus conocimientos. Edith, los amigos, todos aquellos ingenuos bribones, aquellos soldados y granujas estaban admirados con su afán de saber. Edith se daba importancia ante ellos. Antoinette se mostraba también orgullosa, pero sin dejar de ver lo incompleto, incoherente e incierto que era todo aquello. Se daba perfecta cuenta de que el saber no era aquello, que ella no tenía más que conocimientos rudimentarios, turbios y confusos. Ignoraba todo lo que se refería a historia y a geografía. La ortografía y los análisis estaban para ella llenos de misterios. Hubiera sido necesario volver a emprenderlo todo de nuevo, volver a comenzar. Pero a la juventud de sus espíritus le asustaba semejante obra. Porque no solo se trataba de estudiar, sino de trabajar al mismo tiempo. La labor manual era una rémora para el espíritu. Es difícil enfrascarse en conjugaciones y fracciones aritméticas cuando al mismo tiempo se está fatigado por el trabajo diario, cuando se ven perfectamente las lejanas relaciones que el mundo, la realidad y el dinero tiene con todo ello. Aquello hizo que volviera los ojos hacia una religión, una esperanza, un ideal que ocupara el puesto que tenía en su alma el ansia de saber. Tuvo el sordo y confuso presentimiento de que la vida no podía limitarse a aquella estéril y estúpida batalla con la única preocupación de perpetuar una existencia sin meta. Pero no es a los dieciséis años y sin ayuda cuando se forma un dogma que pueda ir más allá de los ritos, hasta alcanzar el espíritu. Presa de un súbito fervor, frecuentó la iglesia de Sainte-Elisabeth, que estaba enfrente de la tienda de Edith. Pero aquello no duró mucho. La pobre Antoinette conocía demasiado las cosas de la vida. Se había

enfrentado demasiado con el mundo, con la realidad. No podía aceptar lo primero que llegara. Había en ella algo marchito, muerto. No hallaba ninguna utilidad en la oración y no se daba cuenta de lo responsable que era ella de sus propias faltas. Tan pronto se juzgaba inocente, como criminal. Abandonó la iglesia tan complicada y fue dos veces al templo de los reformistas, seducida por el contraste de aquella austeridad tan simple. Sin embargo, pronto se aburrió también. Hizo una visita a los antonianos y ni siquiera volvió otra vez. . . Y, sin embargo, había «algo» en ella, lo presentía, lo sospechaba. La vida no podía limitarse a los horizontes que conocía. Otros como ella seguían, si no una religión, al menos una moral, un ideal que los ennoblecía. Entreveía vaga y confusamente todo el problema de la conciencia y el conocimiento desde muy lejos y envuelta en una niebla. . . SEGUNDA PARTE. Capítulo Quinto. 2.

Samuel seguía habitando en L'Epeule, en su casa situada en el fondo del callejón del convento. Comenzaba a faltarle el dinero. Tuvo que apurar los recursos para vivir y educar al pequeño Christophe. Vendió, poco a poco, el cuero que le quedaba, las grasas y las viejas herramientas. Todo se vendía, todo había alcanzado un precio desmedido. Los arneses servían para hacer botas. Se quemaba la grasa de los caballos en las lámparas. Tanto Samuel Fontcroix como su hermano Gaspard exprimían hasta la última gota de sus pertenencias para lograr algo con que seguir vegetando. Lo que no lograban vender no tardaban en llevárselo los alemanes: coches, caballos, materiales, sacos, básculas; todo lo que era metal, madera o combustible. Samuel llegó a contemplar, mordiéndose los puños de rabia, cómo obreros franceses, gentes como Decooster, el carnicero que tenía su tienda en la esquina de la calle Bell, acudían con carros y soldados alemanes para cogerle los últimos sacos que tenía escondidos en un cobertizo y cuyo escondrijo había sido denunciado por envidiosos. Finalmente, para aprovecharse él mismo de su propia ruina y también para no beneficiar en nada al enemigo, emprendió la destrucción total de su almacén. Meses enteros los pasó hacha en la mano, como un leñador, abatiendo postes, cortándolos en trozos, aserrando y astillando. Quemó poco a poco todos sus cobertizos, contento en su miseria de poder al menos calentarse. El resto del tiempo lo ocupaba en hacer su comida y la del pequeño Christophe, en lavar, en arreglar la casa y visitar algunas veces a Edith y a Antoinette. Era una espera lenta e implacable, paciente y dolorosa del final, de la victoria. . . ¡La victoria! Hablaba con su hermano Gaspard y con Monsieur Feuillebois, el maestro, hallando en uno el pesimismo y el desaliento, y en el otro el optimismo y la confianza. Se reunían casi cada noche para escuchar el comunicado. Samuel recibía el periódico impreso bajo la supervisión y la inspiración del mundo alemán, aunque redactado por franceses. Se titulaba, la Gazette des Ardennes y frecuentemente hablaba de una paz inmediata, de la entente francoalemana y echaba las responsabilidades de la guerra sobre Inglaterra. Los comunicados franceses eran dados con un mes de retraso y con ciertos retoques. Pero, a pesar de todo, aquella verdad alterada, aquellas noticias ya pasadas, seguían apasionando. Ayudado por Feuillebois, el maestro, y Gaspard, su hermano, Samuel anotaba cada noche en los mapas los avances o los retrocesos de los aliados. Se medía, se calculaba y se esperaba. Algunas veces Feuillebois recibía también el periódico de los invadidos: La Fidelité. ¡Preciosa hojita! Noticias frescas y verdades seguras. En otras ocasiones, echaban desde un avión un puñado de periódicos recientes. Si se lograba recoger alguno sobre los tejados, lo cual era peligroso, se vivía diez días reconfortado. La sesión de cartografía que se celebraba cada noche en casa de Samuel era seguida religiosamente. Alain Laubigier, recién salido de la cárcel, asistía frecuentemente; su primo François también, acompañado de vecinos, como el corpulento Semberger y muchas mujeres también, que no comprendían gran cosa de los mapas, pero que iban en busca de un poco de valor y de confianza en aquel ambiente. Además, la Gazette des Ardennes, para atraer al público, publicaba diariamente la lista de los soldados franceses originarios del Norte que los alemanes habían hecho prisioneros y todos esperaban siempre hallar un nombre de un hermano, de un amigo o de un hijo. Y fue allí, en casa de Samuel, donde llegaron a enfrentarse definitivamente los caracteres opuestos de Gaspard Fontcroix y de Monsieur Feuillebois. Gaspard Fontcroix, el hermano de Samuel, padecía una afección bastante confusa de la médula espinal. Hasta entonces había podido cuidarse bastante bien, pero, igual que Samuel, preveía la miseria para un futuro muy próximo. Los recursos terapéuticos del Norte invadido eran cada vez menores. No había remedio ni tratamiento posible y por eso la enfermedad de Gaspard progresaba lentamente, quitándole poco a poco la vida. Notaba que se iba volviendo ciego. Hasta entonces había mantenido alguna esperanza, intentando todos los medios: inyecciones, drogas, tratamientos eléctricos y todo aquello que le aliviaba durante algunos días, siendo ello motivo de que renaciera de nuevo la esperanza en él. Pero tal consuelo le estaba ya vedado. Ni a precio de oro podía hallar medicamentos y, además, le faltaba también dinero. Antes de la guerra, la cesión de una gran tienda de comestibles, anterior a la asociación con su hermano, le había dejado unos cuarenta mil francos, situados en valores rusos ante un notario belga. Aquello producía una renta que le permitía vivir con su hermana, Joséphine Mouraud, pagándole pensión. Era entonces el pariente rico, el tío de quien se espera heredar. Los Mouraud eran de condición modesta y se privaban de todo para asegurar la educación de sus hijos. Esperaban que el tío Gaspard dejara a estos una parte de su fortuna. Pero las cosas habían cambiado con la guerra.

Gaspard había agotado ya casi toda su fortuna y pagaba su pensión de una manera bastante irregular. No sabían siquiera lo que le quedaría de los valores rusos, pero estaban seguros de que no sería mucho. Y así Gaspard Fontcroix se convirtió en el pariente pobre. ¿Adónde ir sin dinero? Estaba seguro de que la familia no se atrevía a echarlo, pero le molestaba darse cuenta de que constituía un estorbo y una carga para ellos. Poco a poco, fue convirtiéndose en un hombre apagado, difuso. La falta de un tratamiento adecuado a su enfermedad minó su moral y estaba seguro de que solo el final de la guerra le llevaría aparejado su restablecimiento. ¡Que terminara la guerra! ¡Que acabara como fuera! La ciencia era capaz de hacer milagros. Y, aguardando, perdido en su sueño imposible, notaba cómo de día en día le iban asediando las tinieblas más hondamente. La ceguera total era cuestión de meses. Sus ojos se velaban, apenas veía y no distinguía siquiera los rostros. Acudía a casa de Samuel a calentarse y a comer un poco, pues los Mouraud le importunaban y le hacían sentirse mísero. Sabía que Samuel estaba faltar de dinero y no se atrevía a pedirle nada. Y Samuel, que sufría también, no acertaba a reconfortarlo, acabando por dudar también del final de la guerra, victoria, de todo. Felizmente, la visita regular de Monsieur Feuillebois, a la hora del comunicado, le proporcionaba una bocanada de optimismo y un reflujo de confianza. Monsieur Feuillebois era un hombre robusto, de tez olivácea y gesto imponente, que, iba siempre vestido con un amplio chaquetón. Andaba balanceando los puños, con su sombrero blando arrogantemente inclinado sobre la oreja y los brazos separados del cuerpo, como un atleta que avanzara en el circo. En todas las estaciones se le veía armado de un paraguas verdoso, capaz de abrigar a media docena de mortales de estatura normal. Monsieur Feuillebois era maestro. La existencia había sido siempre para él un camino liso y fácil. A ojos de todos e incluso a los suyos, encarnaba el hombre feliz. Había heredado de sus padres unas rentas modestas. Ganaba razonablemente en su profesión de maestro, que ejercía con gran vocación. A los treinta años se había casado con una muchacha de excelente educación, de belleza notable, de carácter agradable y de considerable dote. Tuvieron un hijo único y de espléndida salud que cursó sus estudios en París. Toda la vida de Monsieur Feuillebois no fue más que una cadena de circunstancias propicias y de acontecimientos felices. Aparte de ello, gozaba de una salud excelente, de un estómago de acero, estaba siempre satisfecho de sí mismo y de los que le rodeaban, así como de todo lo que le ocurría y de lo que no le ocurría. Monsieur Feuillebois rebosaba siempre de entusiasta optimismo. Sin embargo, desde el principio de la guerra, Monsieur Feuillebois, descendiente de la generación del 70 y maestro impregnado del mayor culto a la patria, y sufría las más terribles humillaciones. Tener que soportar a los alemanes, ver cómo imponían sus leyes hasta en las escuelas, soportar su expulsión de la escuela, la prohibición de seguir enseñando y su reducción al simple papel de niñera para él era algo intolerable. Desde hacía treinta años estaba modelando centenares de mentes infantiles, enseñándoles religiosamente su propio evangelio: patria y desquite. Tales conceptos habían llegado a formar parte integral de sí mismos. La superioridad de Francia, sus destinos de pueblo elegido eran cosas que predicaba desde hacía mucho tiempo, inculcándoselas a sus alumnos con gran insistencia. Estaban hondamente grabadas en su cerebro, y formaban parte de su manera de pensar, sin ajustarse a ningún raciocinio. A sus ojos, la Victoria estaba inscrita en el libro del destino. Por otra parte, habiendo sido extraordinariamente feliz hasta entonces, Monsieur Feuillebois, como muchos otros hombres felices, había llegado a considerar aquella circunstancia como algo inherente a su persona. Le parecía tan imposible e irrealizable que algún día pudiera faltarle aquella suerte, como que la tierra faltara bajo sus pies. Por lo tanto, la derrota de Francia había asestado a aquella perpetua prosperidad un rudo golpe. Para él era totalmente imposible el desastre de Francia. Aquello no era lógico, no podía siquiera imaginárselo. El mismo imperturbable optimismo confortó a Feuillebois cuando la partida de su hijo, uno de los primeros movilizados. Era un hombre feliz y no podía dudar de su suerte. Pero no por ello tenía que creerse que su fe había dejado de recibir duros golpes. No había vuelto a tener noticias de su hijo, con excepción de una carta de la Cruz Roja, recibida con seis meses de retraso y que decía solamente: «Paul Feuillebois goza de buena salud». Feuillebois se hallaba sumido en la más espantosa incertidumbre. Por otra parte, la guerra se prolongaba, los alemanes eran cada vez más dueños y señores del país y se hablaba tan pronto de victorias como de derrotas. Mientras, todo continuaba inamovible. Las gentes perdían la moral, hablaban de paz y hasta de derrota, y diariamente se recibían noticias más abrumadoras, más descorazonadoras... Y a pesar de todo, Monsieur Feuillebois no se desanimaba. Era él quien a la hora del comunicado reconfortaba las incertidumbres de Samuel y de Gaspard. Estaba seguro de que su hijo regresaría, de que Francia vencería. Nunca dividía aquellas dos cosas, las dos condiciones necesarias para su felicidad. Recogía todos los rumores favorables y por lo menos una vez a la semana daba a Samuel la noticia de una victoria francesa, de una derrota alemana, mencionando cifras de cañones y prisioneros. Los desmentidos no le desanimaban nunca. No se le veía jamás dudar. Incluso en los momentos más sombríos, ante las noticias más descorazonadoras, no dejaba traslucir la más mínima vacilación. Cuando Samuel, Gaspard y él discutían sobre los acontecimientos y sopesaban las probabilidades, Feuillebois siempre terminaba diciendo: —Sí, sí, todo esto está muy bien. . . , pero esperemos a ver el fin. Faltó poco

para que aquel optimismo fuera causa de una pelea con los Fontcroix. Como de costumbre, había anunciado una gran victoria. Ocho días más tarde, llegó abatido, pálido, con el sombrero hundido hasta los ojos y el paraguas al brazo, anunciando un desastre en la península de Gallipoli. Samuel le expresó con franqueza sus dudas: — Decididamente, los rumores son muchos. Prefiero no creer en nada. Si hemos de alcanzar finalmente la victoria, la veremos cuando esté aquí. Pero, al paso que vamos, me parece que hemos escogido el camino más largo. Y súbitamente, preguntó: —Veamos, Monsieur Feuillebois, ¿está usted convencido todavía de la victoria? Entonces, ante Samuel y Gaspard, el hombre se transfiguró. Brillaron sus ojos y cerrando los puños exclamó: —¿Si creo en la victoria? ¿Si creo? Como en mí mismo... , como en el sol que nos ilumina. ¿Acaso duda usted de ella? —Monsieur Feuillebois —dijo Samuel—, participo de su fe y de su opinión. Pero cuando recuerdo las decepciones sufridas hasta ahora, cuando contemplo los acontecimientos, la situación privilegiada de las potencias centrales, su larga preparación, su unidad de dirección y su poder, me pregunto si no estamos asistiendo a una locura inútil, a un arrebato, pasado el cual, cada uno se retirará de nuevo a sus posiciones. En definitiva, y sea dicho entre nosotros: ¿por qué cree usted que Francia ganará infaliblemente? Casi en el mismo instante de haber hecho la pregunta, se arrepintió de su audacia. Feuillebois pareció olvidar toda moderación. Su mano derecha se abatió sobre el hombro de Samuel y gritó: —¿Qué? ¿Victoriosa? ¿Por qué será victoriosa? Pues... ¡Dios santo! ¡Porque es Francia! Acaso fuera absurda, no tuviera sentido y resultara pueril aquella exclamación de fanatismo. Y, sin embargo, había en ella tal fuerza irresistible de convicción, tal fe absoluta y ciega, tal amor y tal resolución, que los Fontcroix no acertaron a replicar nada. Gaspard Fontcroix regresó al anochecer a casa de los Mouraud. Mientras andaba, iba dándole vueltas en la cabeza a todo aquello: la victoria, el final de la guerra y aquella enfermedad de sus ojos. Pensaba en un nuevo tratamiento, una especie de máquina eléctrica de bobinas. Pero aquello costaba caro. No se había atrevido a pedirle dinero a Samuel. Claro que existía aquel otro tratamiento de bromuro del que le había hablado un farmacéutico de la Croix. Mucho menos caro, evidentemente... ¡Si aquella guerra pudiera terminar! Solo el fin de la guerra le daría posibilidad de cuidarse como debía. Andaba con vacilación, apoyándose en las paredes de las casas y arrastrando los pies, como familiarizado todavía con la noche de sus ojos. Todo había ocurrido de una manera bastante estúpida. Antes de asociarse a su hermano, Gaspard era dueño de una gran tienda de comestibles. Un día, descendiendo a la bodega, rodó un tonel por la escalera, y le cayó sobre la espalda. Desde entonces sufría dolores en la espina dorsal y se iba quedando ciego sin que nadie pudiera comprender bien lo que le ocurría. Y al no tener ya delante de sí el perpetuo y cautivante espectáculo del mundo, se hundía cada vez más en un pesimismo sin fondo. La casa de los Mouraud estaba situada en la calle Thionville. Era una extensa mansión vasta y húmeda modestamente amueblada y que olía a lejía. Joséphine Mouraud, hermana de Gaspard, era lavandera. Henri Mouraud, su marido, era mecánico. Antes de la guerra, Gaspard había ocupado la pieza delantera, que era la más hermosa de las habitaciones. Pero los tiempos, habían cambiado y al no poder pagar su pensión, Gaspard se iba viendo privado, poco a poco, hasta tener que dormir en el desván. Joséphine había dejado mano libre a su marido, que sentía hacia su cuñado una estúpida envidia, aunque no por eso dejaba de profesar cierto afecto hacia su hermano. Pero lo esencial en materia de afecto se concentraba en su hijo menor, el pequeño Georges. Anhelaba para él un brillante porvenir y se mataba a trabajar para que pudiera seguir estudios de química. Obligaba a igual abnegación a su hija Annie, que hacía con ella las coladas y que trabajaba también irregularmente en casa de Barthélémy David y de otros grandes patronos. En aquel amor maternal había algo de monstruoso. Se dirigía primeramente a los chicos y especialmente a Georges, sacrificando sin ningún remordimiento, sin sospecharlo siquiera, a su hija Annie. Parecía que un fondo de convicciones ancestrales hubiera sobrevivido extrañamente en aquella mujer para quien no parecía existir su propio sexo. Gaspard entró en la casa. Penetró en la cocina y adivinó las siluetas del pequeño Georges, atareado en hacer sus deberes, y del padre sentado al lado del fuego. En la habitación contigua la madre repasaba la ropa. Dio las buenas noches, pero nadie le respondió. Henri Mouraud, que había sentido siempre hacia su cuñado un odio irrazonado, abusaba de su fuerza frente a aquel desgraciado arruinado por la guerra y procuraba inculcar a su hijo el mismo sentimiento hacia su tío... Gaspard se adelantó hacia el fogón. Tenía hambre. El aroma del café le tentaba. Al ir a andar, tropezó con las piernas extendidas de su cuñado. —¡Oh, perdón... ! Henri Mouraud gruñó, y el pequeño Georges, que exigía de su familia el silencio más riguroso mientras hacía sus deberes, chascó la lengua con malhumor. Gaspard renunció al café. Se volvió hacia el armario. Abrió la puerta, haciendo un esfuerzo para que no molestara a Georges con su chirrido y comenzó a hurgar a tientas entre platos, buscando el pan y la manteca, temeroso de causar ningún ruido. Era doloroso ver al anciano robusto, moverse con tanta precaución por temor al arrapiezo desmedrado. Encontró el pan, pero faltaba la manteca. La descubrió sin querer y hundió involuntariamente los dedos en ella. —¡Mi manteca! — exclamó el padre—. ¡Esto es repugnante! No hay que manosear así la comida de los demás. Se levantó y cogió el tarro de la manteca de las manos de Gaspard. El ciego volvió a dejar el pan en el armario y fue a sentarse en un

rincón, resignado a quedarse sin comer. Se deshizo el lazo de los zapatos. Gracias a la costumbre, podía hacer a ciegas aquella operación. Volvió a levantarse para buscar las zapatillas y anduvo unos pasos en calcetines, notando en algunos lugares la humedad de un hilillo de agua que se deslizaba por el embaldosado. Fue tanteando por debajo de la alacena, del fogón, de la mesa, y molestó nuevamente a Georges, que retrocedió, evitando con ostentosa repulsión el contacto de su tío. Gaspard cesó en la búsqueda y volvió a sentarse en una silla, en el rincón de la puerta descalzo aún. A su alrededor, el padre y la madre trajinaban, sin hacerle el menor caso. Sonó la puerta del patio. El ciego tuvo la impresión de que un resplandor le iluminaba el alma. Annie Mouraud entró; Annie, la hermana mayor del pequeño Georges, y que era quien literalmente remplazaba para el viejo Gaspard la apagada claridad de sus ojos. Acudía a comer, aprovechando un descanso en su tarea entre dos coladas. Había trabajado durante todo el día en casa de la amiga de Barthélémy David y una vez de vuelta a su casa continuaba lavando. Se secó los brazos delgados y nerviosos. En aquel momento, vio a su tío: —¿Cómo estás, tío? —Bien, pequeña. Se sentía ya reconfortado, olvidado de sus miserias. —¿Y tus zapatillas? Las buscó, las encontró debajo de la silla de su padre y las dio a Gaspard. Luego, le tocó los pies. —Están mojados. Tienes que cambiarte los calcetines. Sacó unos limpios de un cajón y se los dio. Luego, fue a la alacena para cortarse un pedazo de pan y vio sobre las estanterías huellas de manteca. Sabía perfectamente lo que aquello significaba. —¿Has comido ya, tío Gaspard? —Todavía no. Le cortó una rebanada de pan y le sirvió café. Mientras comía, limpió los estantes para que nadie se diera cuenta de lo que había hecho su tío. Gaspard se puso a comer groseramente, dejando caer las migas y cogiendo con los dedos el pan que se le caía en la taza. Georges acabó por trasladarse con sus cuadernos a la habitación contigua. Gaspard ya hacía tiempo que estaba acostumbrado a aquellos gestos ofensivos y no se sentía incomodado. Terminó de comer. Se levantó y cogió de debajo del aparador la caja de crema. Se puso a lustrarse los zapatos. Annie, que estaba comiendo, se volvió. Siempre le observaba. ¡Hacía tantas tonterías! Exclamó: —¿Qué haces, tío? Le arrebató los zapatos. Gaspard estaba dándose crema negra a los zapatos de color. —¿Has salido a la calle tal como vas? —Claro. —¡Pues llevas un zapato negro y uno de color! Annie no pudo contener la risa. —Ahora comprendo por qué la gente se reía —dijo Gaspard consternado. El anciano sufría. Todavía conservaba un resto de orgullo. Pensando en la humillación sufrida, le asomaron las lágrimas a los ojos, y Annie se reprochó haber reído. Él se levantó y la siguió. Annie le dio unos zuecos y, una vez en el lavadero, le señaló las tinas de lejía y jabón que tenía que vaciar para llenarlas a continuación de agua clara. Él se entregó a la tarea con todas las energías. Todavía conservaba una sorprendente fuerza muscular y ella sabía que trabajar le producía gran satisfacción, pues así daba la impresión de que todavía servía para algo. Annie era la única hija de los Mouraud. Joséphine prefería a los varones. Henri, el padre, era áspero y sin ningún sentimiento delicado. Ambos habían utilizado a Annie para el logro de sus ambiciones, para cuidar a los hijos. La muchacha había trabajado para el mayor, Gastón, que estaba en la guerra, y seguía haciéndolo para el más joven. Pero aceptaba todos aquellos sacrificios con la sonrisa en la boca. Estaba habituada a ellos. Había tenido que renunciar a asistir a la escuela que tanto le gustaba para poder ayudar a su madre a hacer las coladas; a arreglar la casa y a servir a Georges. Aquello la había acostumbrado a su propia insignificancia y a no esperar gratitud ni afecto de nadie. El padre quizá la quería más que la madre. Annie, enferma del baile de San Vito durante su infancia, había sido atendida por él, pues Joséphine Mouraud era en el fondo bastante inhumana. En aquel ambiente tan rudo, la ternura del tío Gaspard, mucho más afectuoso y comprensivo, había sorprendido primero a Annie, reconfortándola después. Desde entonces, le profesaba una profunda y sincera gratitud. El tío Gaspard había sido para ella la más entrañable de las figuras de su adolescencia. Más tarde, Gaspard había perdido la vista. Lentamente, tan lentamente que ni Annie ni nadie habían alcanzado a comprender el drama en todo su horror. Un sufrimiento tan progresivo no conmueve. Además, la dolencia había hecho aparición de una manera más bien grotesca: distracciones, torpezas, una cierta inclinación a hablar solo, una faceta algo infantil de aquel espíritu siempre decepcionado, alentado continuamente por la esperanza de curarse. Annie comprendía que Georges se riera de aquello. Gaspard no vivía en completas tinieblas, sino en una especie de penumbra. El anciano continuaba su vida como los demás. Cuando se vio obligado a andar a tientas, a no ver más que formas vagas, a no reconocer a las personas más que por la voz, todos estaban ya acostumbrados a su ceguera. Annie se dio cuenta por pura casualidad. Un día observó que un andrajoso de la vecindad, acordándose, sin duda, de la lección de moral de la escuela, ayudaba al tío Gaspard a hacerse el lazo de la corbata. Annie quedó anonadada. La ayuda de un extraño al tío Gaspard fue para ella una especie de revelación. Sin que hasta entonces se hubiera dado cuenta comprendió que una gran desgracia, un sufrimiento parecido al que se leía en las novelas, en los libros, abrumaba a su pobre tío. Annie sintió, entonces, remordimientos y se erigió en protectora del tío Gaspard. Se burlaron de sus propósitos, pero ella continuó sin inmutarse. Gaspard terminó de vaciar las tinas. Descendió a la bodega y subió carbón. Annie dio fin a la colada. Sus brazos fatigados y sus manos ateridas la hacían sufrir. Durante todo el día había estado lavando en los

sótanos; por la mañana en casa de vecinos, por la tarde en casa de Madame Albertine, la amiga de Barthélémy David. El trabajo era rudo, pero estaba bien pagado. Barthélémy David descendía algunas veces al sótano para verla. Aquel mismo día, había sorprendido a Madame Albertine, porque la mandaba en tono demasiado brusco y frecuentemente la defendía, sin que ella acertara a comprender la razón de aquella simpatía. —He terminado —dijo Gaspard. —Subamos. Volvieron a la cocina, caliente por los vapores del planchado. Henri Mouraud se había acostado. Georges había vuelto a sus deberes. La madre planchaba en la habitación contigua, y a su lado se puso a comer Anita. El tío Gaspard se secó las manos y empezó a pasear de una a otra habitación. Iba en mangas de camisa y sus tirantes colgaban por detrás. El pantalón le caía en dobleces sobre los talones y la camisa se le salía de la cintura. Su aspecto era al mismo tiempo cómico y desgraciado. Al andar arrastraba las zapatillas con un ruido monótono y llevaba las manos a la espalda, los ojos fijos en el suelo y murmuraba agitando la cabeza, inconsciente de aquellos que le rodeaban. Interiormente hacía cálculos. Ni el bromuro ni las medicinas valían lo que las sesiones de masaje eléctrico... A menos que los dos tratamientos simultáneos... Podía experimentar una mejoría a la tercera sesión. ¡Ver, salir de aquellas tinieblas! Solo al pensar en tales cosas sentía que el corazón le latía desacompañadamente. Interrumpió sus paseos y afirmó en voz alta, completamente abstraído: —Son precisas esas doce sesiones... Sus palabras tuvieron un eco burlón. Volvió a la realidad al darse cuenta de que el pequeño Georges se estaba burlando de él. Se sintió a la vez humillado y furioso de haberse olvidado, de haberse traicionado, de haber revelado sus angustias, sus sufrimientos y sus esperanzas delante de aquel pícaro. —¡Maleducado! Salió de la habitación, arrastrando sus zapatillas, subió las escaleras y se dirigió hacia el granero, donde tenía su cama. —¡Me fastidia ese viejo! —exclamó Georges—. Es sucio, babea al comer, hace ruidos con su dentadura postiza y me mete los dedos en la manteca como si fuera betún. —Algún día recibirás tu castigo —dijo Annie, no creyendo que fuera posible cometer tan impunemente un acto de crueldad y de injusticia. —Está bien, está bien —intervino Joséphine, la madre, mientras calentaba la plancha. —Ya sabemos que el tío Gaspard es tu novio... —se mofó Georges. —¿Mi novio? —Te paga vestidos, chucherías y zapatos... —¿Por qué dices eso? ¡Me gustaría que me enseñaras esos vestidos y esos zapatos! —Porque ahora está sin blanca. Pero otras veces... —En todo caso no he pedido nunca nada. Si lo ha hecho es porque ha querido. Se sentía a un mismo tiempo incomodada y humillada. Era verdad. Durante mucho tiempo y mientras se encontraba en una buena posición económica la había socorrido comprándole algunos vestidos, chucherías menudas y otras baratijas que ayudaban al menos a restablecer el equilibrio que rompió Joséphine con su ilimitado afecto hacia los muchachos. Su novio, si... —Si eres guapa y buena, es posible que se case contigo después de la guerra —siguió diciendo Georges con impertinencia. —¡Sigue hablando y te daré una bofetada, imbécil! —¡Basta ya! —exclamó la madre, interviniendo nuevamente, viendo cómo la disputa iba agriándose—. Haz tus deberes, Georges, y tú coge la plancha, Annie. Tendremos que estar planchando hasta medianoche. Gaspard subió a tientas la escalera hasta llegar al desván. Desde que no pagaba su alojamiento le habían desposeído de su habitación. Se acostó. Su cama estaba situada debajo de la claraboya. Gaspard tenía el cielo justamente sobre su cabeza. Pero desde hacía mucho tiempo aquel cielo no era para sus ojos débiles más que un rectángulo claro sobre la uniformidad negra de la penumbra. Gaspard se acostó, pero no pudo conciliar el sueño. Muy lejano se escuchaba el eco sordo del cañoneo, de aquella batalla que duraba desde hacía dos años. Aquello imponía en todo momento la idea de la guerra, de la opresión, del martirio que atenazaba a la región. ¿Cuánto tiempo, cuántos años seguiría escuchándose aquel lúgubre eco? ¿Los alemanes no se moverían de allí nunca? Construían sin cesar, trazaban rutas, vías férreas. ¡Qué calvario, qué ruda experiencia estaba sufriendo desde hacía dos años! Había aprendido a conocer a los hombres, él que se preciaba de conocerlos. Había necesitado empobrecerse para sufrir todas sus maldades. Pensó en el dinero. Hacía pocos días había vuelto a pedirle a Samuel, pero Samuel ya no tenía. Una humillación más que añadir a las anteriores. No le quedaba un céntimo. ¿Cómo se las arreglaría al día siguiente? Se sentía falto de valor, desalentado. Lloró unos instantes y, luego, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. No podía abandonarse. Hacía falta esperar, esperar, esperar siempre y, a pesar de todo, tener confianza en aquel oscuro y perpetuo trabajo de los mineros, que lo proseguían en la lejanía a cañonazos, desde hacía dos años, que avanzaban lentamente, tan lentamente que apenas lograban arañar la enorme muralla de acero que se extendía ante ellos... ¿Hasta cuándo duraría aquella labor gigantesca e incommensurablemente larga? ¿Hasta la liberación? ¿O hasta el último día, hasta las tinieblas absolutas, hasta la muerte? ¡Esperar...! No se podía hacer otra cosa más que esperar desesperadamente, hasta el final. SEGUNDA PARTE. Capítulo Quinto. 3. De día en día, iba creciendo la sombra que envolvía a Monsieur Feuillebois, el maestro: el pensamiento en su hijo. Había puesto en el muchacho todo su amor, toda su ambición y toda su esperanza. Su deseo ardiente de fe, desengañado de los dogmas, se había refugiado en aquel hijo, de quien había hecho un verdadero culto. Pero el muchacho había desaparecido, desde el principio de la guerra, de su existencia inmediata. Aquella imagen querida se hacía cada día

más lejana e inasequible, se fundía en el horizonte brumoso de sangre entre la multitud de víctimas. Una sola carta de la Cruz Roja y, luego, ni una noticia más. Ni una dirección, ni un dato se había podido lograr. Ni por vía oficial ni por medios ocultos había logrado saber ninguna noticia. Monsieur Feuillebois había intentado muchas veces lograr contacto con su hijo y otras tantas había fracasado. Durante aquel tiempo alentó esperanzas. Una vecina obtuvo permiso de las autoridades alemanas para marchar al Mediodía francés y prometió intentar lo imposible para descubrir al hijo de Monsieur Feuillebois y avisar al padre. Luego habían pasado los días y los meses sin noticias. Y la sombra fue agrandándose en torno del corazón de aquel padre, la sombra inahuyentable del sufrimiento humano en la que aquel hombre feliz no había podido creer hasta entonces. Y su fuerte confianza en sí mismo, en su imperturbable destino, comenzó a vacilar. Aquel fatalista inveterado dudaba ya de su suerte. El pesimismo de sus pensamientos se traslucía en sus gestos, en su manera de andar, en sus palabras. Samuel y Gaspard trataban algunas veces de darle ánimos, pero no lo lograban. Levantaba la cabeza sin responder, para no contradecir una tesis que, a pesar de todo, respondía muy bien a su profundo espíritu y, sin embargo, se le veía alejado, abstraído, paciente. Al cabo de dos años, Monsieur Feuillebois desesperó completamente. Lo había intentado todo, había puesto en movimiento todos los resortes. Pero en vano. Y agotado por aquella eterna espera, fatigado de contar una a una las horas que transcurrían, aplastado por aquel peso moral cada día más fatigoso, no era más que la sombra de sí mismo. Sus cabellos habían encanecido, sus mejillas se habían hundido y su espalda se había encorvado, dándole la apariencia de un viejo. Aquel coloso llegaba a inspirar piedad. Una idea fija le dominaba. Después de haber confundido durante largo tiempo su destino con el de su país, después de haberlos envuelto a ambos en la misma radiante perspectiva de felicidad, había tenido, Dios sabe a costa de qué desgarramiento del corazón, que separarlos. Y como no admitía, ni por un solo instante, la derrota de Francia y veía, por el contrario, el derrumbamiento de sus propias esperanzas, aquel fetichista pensó que su felicidad propia debía ser el rescate de la victoria de su país, que no podía ser feliz mientras su patria fuera desgraciada, y que la caída de uno compensa ya cumplidamente la ascensión del otro. Y tan grande era su convicción, que Samuel no podía disuadirle de aquellas ideas. Los acontecimientos dieron a sus fantasías y sus quimeras una sombra de razón. Samuel y Gaspard Fontcroix estuvieron algún tiempo sin ver a Monsieur Feuillebois. Comenzaban a inquietarse, cuando llegó, un anochecer, a la hora del comunicado. A la sola vista del rostro de su amigo, Samuel comprendió. Feuillebois debía de haber recibido el golpe de gracia. Aquel hombre de sesenta años parecía tener ochenta. Los músculos relajados de su rostro estaban surcados por arrugas de sufrimiento y de decepción. Sus ojos habían perdido el brillo. Sus largos cabellos despeinados le daban un aire de negligencia y de abandono, y su amplia chaqueta, demasiado ancha para aquel cuerpo enflaquecido, pendía en largos pliegues. Les estrechó la mano largamente, con la mirada perdida en cualquier lejana obsesión. Luego, dijo simplemente, como una cosa natural, esperada y necesaria: —Mi hijo ha muerto. Permanecieron silenciosos, consternados. —¿Está... está usted seguro? —murmuró Gaspard finalmente. —Lo acabo de saber por la Cruz Roja. Cayó a finales de 1914 en el frente de Champagne... Añadió en voz baja: —Me pregunto por qué han esperado dos años para decírmelo... Tantos sufrimientos... —Es usted un hombre, Feuillebois. Ya sabe usted el valor que tiene la vida... Un poco antes o un poco después... —Sí... —respondió Feuillebois, hablándose más bien a sí mismo—. Tenía que ocurrir así... Contempló los mapas desplegados sobre el despacho clavados en la mesa, los periódicos, los comunicados, todo aquello que había hecho posible su dolorosa espera, y murmuró: —La victoria... la victoria... Ese es el precio, ¿verdad? Tenía que ser así. Yo lo había aceptado. Ahora... Ahora... Se enjugó los ojos y murmuró: —Mi sacrificio está consumado... Durante algunas semanas, volvieron a ver a su amigo con bastante regularidad, pero hablaba poco, no manifestaba interés por nada y parecía tener el espíritu extraviado en una dolorosa contemplación. Y Samuel dijo con tristeza: —El pobre Feuillebois es un hombre acabado. No se equivocaban. Pasaron ocho días sin que lo volvieran a ver. Se disponía a ir a su casa a buscar noticias, cuando recibió una esquila mortuoria. Le anunciaba la muerte de Louis Feuillebois, maestro. Samuel fue a verlo en su lecho mortuario. Monsieur Feuillebois reposaba con su austera chaqueta negra de maestro de otros tiempos. Samuel le tocó la mano, una mano pesada, de mármol, donde se veían aún las manchas de tinta negra y roja de su magisterio. Pensó en aquella extraña imaginación de Feuillebois, en aquel sacrificio de su felicidad, echada quiméricamente en la balanza de un destino por la salvación de Francia. Todo se había realizado de una manera extraña, como si alguien, desde el más allá, hubiera aceptado el sacrificio. Y contemplando el severo y apacible semblante al resplandor de los cirios, Samuel sintió deseos de decirle en voz baja: —Gracias, Feuillebois... Como si realmente el holocausto del viejo hubiera servido para algo... La muerte de Feuillebois afectó profundamente a Gaspard Fontcroix. Sentía gran afecto por aquel hombre. Aumentaron sus negros presagios y se sintió invadido por un abatimiento que llegó a inquietar a Annie. Hablaba cada vez más vehementemente con seres imaginarios, se ensombrecía y exageraba todavía más sus costumbres taciturnas. Sufrió intoxicaciones, tuvo ántrax y le dolieron los riñones. Annie se vio obligada a

cuidarlo, a darle fricciones y prepararle cataplasmas que no le proporcionaban más que un alivio momentáneo. Dormía en la buhardilla contigua al desván donde él tenía su cama y cada noche le oía soñar en voz alta, proseguir sus soliloquios, hablar de dinero, de medicinas y de médicos, llamar a Samuel, suplicarle, maldecirle porque no le daba más dinero... Las preocupaciones le envejecían rápidamente. Muy pronto, no pudo siquiera pagarle su parte del racionamiento. Pero a pesar de ello, no se atrevieron a dejarle morir de hambre. Siguieron permitiéndole que fuera al aparador a cortarse una rebanada de pan y servirse en la mesa un poco de arroz y de habichuelas. Joséphine no decía nada, pero Henri, su marido, protestaba y gruñía. Gaspard tuvo que sufrir afrentas y humillaciones. Le echaron en cara que era un aprovechado y que se comía el pan de los otros. Pronto se dio cuenta de que incluso le robaban. Georges le cogía sus aparatos eléctricos para hacer experimentos. Henri, el padre, le hurgaba los bolsillos mientras dormía, y le quitaba el resto de su tabaco, las corbatas, los gemelos, los puños de las camisas y hasta se aprovechaba de la ceguera de Gaspard para quitarle sus botas. La vida del ciego se convirtió en una especie de pesadilla en la que Georges y Henry Mouraud representaban sus verdugos. No se atrevía a salir y se pasaba el día hurgándose los bolsillos. Se avergonzaba de comer delante de la familia, esperaba estar solo para robar una gota de café, un resto de sopa, buscando a tientas precipitadamente las cosas, se equivocaba de cacerolas, lo tiraba todo y armaba un gran estrépito. Empezaron a injuriarle, a decirle que era un ladrón, y que era un puerco, que volvía a la infancia, que era vicioso y trapacero. En parte tenían razón. Se moría de hambre, se pasaba los días cerca de un fogón de cocina, olfateando, llenándose la nariz de los cálidos vapores de los guisotes, esperando que cayera una migaja. Le servían, prohibiéndole que tocara las cacerolas, unas raciones cómicamente exiguas para él, que siempre había sido un comilón. Aprovechándose un día de un descuido de su cuñado y muerto de hambre como estaba, le robó una patata de su plato. Henri Mouraud lo abofeteó. El ciego, en un arrebató de desesperado orgullo, permaneció tres días encerrado en el granero, sin comer y sin descender para nada. Finalmente, capituló, volviendo a su papel de miserable, tolerado en un rincón de la cocina. Estaba tan hambriento que en las horas que Joséphine derretía en la sartén la manteca para la comida, se le veía temblar de deseo, con las aletas de la nariz palpitantes y haciéndosele la boca agua. Experimentaba un estremecimiento, una especie de sollozo, al lanzarse sobre su plato. Vivía rodeado de odio. Aquellos rencores domésticos rayaban algunas veces en verdadera ferocidad. Annie hacía por él lo que podía, que no era mucho. Intentaba aliviarle sus dolores, le lavaba los sábados y le daba masajes en la espalda y en los riñones. Así fue convirtiéndose en una especie de hija suya. Se abandonaba a ella con vergüenza, sintiéndose desgraciado y viéndose obligado a olvidar su pudor. Ella lo cuidaba como una madre, con placer, sin disgusto, con naturalidad. No sufría al cuidarle. Ni siquiera sentía ninguna molestia. Georges se burlaba de ellos. Los padres se indignaban, seguros de que Annie y su tío faltaban a las conveniencias, pues no era propio que aquel viejo se dejara cuidar y ver por una muchacha. Él lo reconocía, se excusaba humildemente y un día rechazó la ayuda de su sobrina. Pero luego volvieron a acometerle los dolores y tuvo que recurrir de nuevo a ella. Hasta el final esperó curarse, cuidándose los ojos para reanimar inútilmente el resto de claridad que iba muriendo en ellos lentamente. Se los lavaba con agua caliente, con agua salada, con agua boricada. Aprovechaba hasta el fondo los potes y los frascos de medicinas, haciendo mezclas inimaginables. En los últimos tiempos, su vista se oscureció totalmente. No distinguía más que una vaga claridad y aún fue a comer alguna vez a casa de su hermano Samuel. Se avergonzaba de su decrepitud. Cuidaba su tocado como podía y aquel día comió espléndidamente, a dos carrillos, tan emocionado que casi lloraba. Al regresar a su casa, subió misteriosamente a su desván con un gran paquete. Georges, que lo espío por el agujero de la cerradura, escuchó el crepitar de una máquina eléctrica. Los Mouraud, se indignaron. —¡Tiene dinero para comprarse todavía esos malditos aparatos! Tres días después recibieron la factura. El tío Gaspard, obsesionado por su afán de curarse, de recobrar su vista a todo trance, había comprado el aparato, cargándose lo a ellos. El furor de Henri Mouraud fue insensato. Subió al desván y pateó el aparato hasta hacerlo pedazos delante del ciego. Cuando descendió, el tío Gaspard recogió los pedazos igual que un muchacho recoge un juguete roto... Continuó sus extraños tratamientos, recurriendo a tisanas y a drogas extravagantes que él mismo componía. Había guardado los fragmentos de la máquina eléctrica en una caja e intentó rehacerla, robando una pila de lámpara a Georges y reajustando a tientas las piezas. Luego pretendió empalmar la máquina con la tubería del gas. —¡Está loco! —exclamaba burlón Georges, que, orgulloso de sus ligeros conocimientos de física, seguía compasivo y desdeñoso sus tentativas. Gaspard abandonó todos sus cuidados, abrumado por un dolor cada vez más punzante. Le dolía toda la espalda. No comía casi nada y permanecía tendido en una silla, sin salir de su eterno sopor más que para complacer a Annie, a la que reconocía, a pesar de su ceguera. Una noche un gran ruido en el granero despertó a Annie. Escuchó con atención. Alguien hablaba, se agitaba, casi gritaba. Se levantó y, encendiendo su vela de sebo, se encaminó al desván. El tío Gaspard, de pie junto a la cama, semidesnudo, en camisa, se vestía con grandes esfuerzos, intentando ponerse el chaleco en vez de los pantalones. Se exasperaba, murmuraba palabras ininteligibles: —No...

Sí... ¡Duele mucho! ¡Una medicina de quince francos! Sí, sí; en seguida, sí... —¡Tío! El anciano volvió hacia ella un rostro apoplético y chorreando sudor. —¿Qué ocurre, tío? —Nada, nada. Todo marcha admirablemente. ¡Pero tengo calor...! Voy a desnudarme. Echó lejos de sí su chaleco, se arrancó los botones de la camisa, destrozándola. —¡Tengo calor! ¡Mucho calor! ¡Y mi cabeza! ¡Oh, mi cabeza! Se quitó la dentadura postiza y la arrojó en medio de la habitación. Luego, comenzó a mesarse los cabellos, con los ojos abiertos y la expresión extraviada. —¡Aquí estás, Samuel! ¿Y el dinero? ¡Cien francos! ¡Te faltan cien francos! Soy tu hermano... ¿Rehúas a tu hermano? ¡Gracias, Samuel, gracias! Yo ya sabía... No, no. No tengas miedo, no los encontrará. Los he escondido, los he escondido... Hundía las dos manos en unos bolsillos imaginarios, metiendo dinero, dinero... Daba vueltas, retorciéndose en su colchón y dándose cabezadas contra la pared con unos gritos terribles: —¡Ah! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Me lo has cogido! ¡Mouraud me lo ha cogido! Aquello duró toda la noche. Por la mañana, Henri Mouraud corrió a la Kommandantur a reclamar un coche alemán para conducir al loco a Lille. Vistieron al tío Gaspard. Joséphine le buscó las ropas más viejas para que permaneciera en el hospital. Le dejaron la camisa rasgada, a la que no se atrevieron a añadir una corbata. En sus ropas encontraron el viejo portamonedas con su gruesa cadena de plata y tres francos. Joséphine se los dio a Annie, que había pasado la noche junto al enfermo. Antes de marchar, quiso ponerle de nuevo a este su dentadura postiza, pero su marido se opuso. Nunca había tenido medio de pagarse dientes falsos y no tenía ni uno en la boca. Y la dentadura de su cuñado le exasperaba. —No podemos dejar que vaya con eso al asilo —dijo—. ¡Es de oro! Quitó de nuevo la dentadura al tío Gaspard y se la metió en el bolsillo. El viejo no intentó siquiera oponer resistencia, así como tampoco la opuso cuando le condujeron al coche de los alemanes, sin tener siquiera que emplear la tradicional excusa, el pretexto del paseo o la visita al doctor. Annie fue a ver al tío Gaspard a Esquernes. Él le habló con un acento desgarrador, diciendo que quería marcharse, que se moría de hambre, que no podía comer sin su dentadura postiza. Dijo también que tenía una sobrina, Annie, una sobrina muy buena. Pero no la reconoció. Volvió otro día, pero ya no pudo ver a su tío. Le dijeron que deliraba. Cuando volvió por tercera vez, la recibieron de una manera bastante desabrida: —¡Pero si su tío ha muerto ya! Está enterrado. Sí, sí... Conocemos el truco. No ha querido usted pagar el entierro. Ahora está en la fosa común. No pudo saber si su padre había sido advertido o había mantenido el secreto para ahorrarse las costas del entierro. Al volver a su casa aquella noche, se dio cuenta de que el padre hablaba de una manera graciosa y parecía bastante contento. Tenía en la boca los dientes, los dientes que no habían sido hechos para él... La dentadura postiza del tío Gaspard. Y a Annie le causó una impresión extraña ver en aquella boca los dientes del muerto... SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO Sexto. Una noche de junio de 1916, al filo de la madrugada, la guardia imperial invadió L'epeule, despertó a todo el mundo y se apoderó de todos los jóvenes. Dos soldados fueron a buscar a Annie, igual que a los demás, y la hicieron descender a la calle, con el paquete de mudas y víveres preparado desde hacía tanto tiempo. Era de noche aún. Una multitud llenaba la calzada, gentes de toda edad y condición, sobre todo jóvenes a quienes los alemanes empujaban, conducían y arrancaban de sus hogares, separándolos de los suyos con toda brutalidad. De cada casa abierta se les veía salir continuamente, desarrollándose escenas dolorosas; aquí un muchacho a quien sus padres querían retener a la fuerza, madres que se echaban sobre los alemanes, que las repelían a culatazos, padres que alzaban el puño llorando, aullando injurias. Vio a un mocetón maniatado, al que sus padres trataban de defender de los empujones de los alemanes. Aquella escena evocó en Annie el arresto de Cristo por los judíos. Muchas mujeres iban con sus hijos, negándose a abandonarlos. Otras parecían haberse vuelto locas y proferían imprecaciones. Otras, finalmente, bañadas en lágrimas, se abrazaban a las rodillas de los soldados, cogiéndoles de la guerrera, atrayéndoles hacia sí, agarrándose a sus manos, gimiendo y suplicando: —Mi hijo, mi hija... Por piedad, dejadme mis hijos... Los soldados permanecían impasibles. Habían llamado a la guardia imperial para realizar aquella misión. Al lado de aquellas se desarrollaban otras escenas burlescas. Uno llegaba con muletas cuando la víspera andaba ágilmente. Otros se arrastraban, apoyándose en las paredes, simulando escupir, toser, desfallecer... En casa de otro algún pícaro había pegado el cartel rojo robado en alguna parte: tifus. Por doquier imperaban la rabia, la cólera, lágrimas, gritos, violencias y maldiciones. Se escuchaban breves órdenes, el chirrido metálico de las armas entre aquella cohorte ataviada con los más disparatados atavíos, cargada de paquetes azules... A su alrededor, los soldados de la guardia, rígidos, atléticos, permanecían impasibles. Las esposas, las madres cambiaban las últimas palabras y daban los últimos abrazos a los seres queridos. Las puertas abiertas de par en par dejaban al descubierto el interior de las casas en donde los alemanes habían irrumpido, imponiendo su ley. En la atmósfera flotaba una sensación de pillaje, de violación, de ciudad abandonada a la voracidad de los conquistadores entre las lágrimas, los gemidos, las súplicas y las imprecaciones... Y en el horizonte despuntaba la primera claridad grisácea y vaga del nuevo día... El cortejo se puso en marcha. Era un lento éxodo de gentes pálidas, fatigadas, los ojos hinchados, temblorosos de emoción y del frío de la madrugada. A pesar de todo, empezaba a despertar el ánimo de aquella juventud. Los encuentros se

sucedían. Se reconocían unos a otros. Y se daban cuenta de que, a la postre, no eran los únicos en aquella desgracia. La rabia hacia los soldados iba aumentando lentamente, rayando en la insolencia, en la burla. Terminaron por reírse abiertamente de ellos. Los que iban en cabeza del cortejo se pusieron a cantar para demostrar a los boches que no tenían miedo. Llegaron a la rue d'Avelghem. En ella se erguía una enorme fábrica que los alemanes habían despojado de sus telares. Alojaron el humano rebaño en sus naves, los hombres a un lado y las mujeres al otro, separados por cuerdas. Tuvieron que esperar hasta la noche, toda la mañana, todo el día. Corrían rumores francamente alarmantes. Los alemanes los conducían a todos al frente... Querían atacar, iniciar una ofensiva, empujando delante de ellos a aquel rebaño de inocentes borregos... O bien, se decía que partían para Alemania, donde servirían de rehenes, porque los franceses bombardeaban las ciudades alemanas... Mil absurdos. En el lugar destinado a los hombres, algunos jugaban a las cartas sentados en el suelo. En el grupo de mujeres, compuesto en su mayor parte por rameras, arpías del barrio de la estación, de la calle Longues Haies, estas se reían, encontraban gusto en la novedad, dirigían a los alemanes palabras gruesas o insinuaciones... Annie, atemorizada, fatigada, escuchaba con estupor, se sentía ya agotada, llena de náuseas y embrutecida. Llevaba consigo un paquete con ropa blanca y galletas. Ya hacía muchos meses que todo el mundo lo tenía preparado. En todas partes vivían en perpetuo temor, esperando una violación semejante. Estaba sentada sobre su hatillo y giraba la vista alrededor con indiferencia. Cincuenta personas se precipitaron en casa de Barthélémy David. Era muy popular entre la gente humilde. Se sabía que comerciaba con los alemanes, pero era un hombre tan cabal y bienhechor, que se lo perdonaban. En aquella situación desesperada, todo el mundo pensó en él. Exclamaban: —¡Monsieur David, mi hijo...! ¡Monsieur David, mi hija...! ¡Por piedad! David corrió a la Kommandantur, donde encontró al teniente Krugg. —¡Esto es un abuso! —le dijo David. —Esta es también nuestra opinión y la de todos los de la Kommandantur. No lo ocultamos. Pero somos soldados y no hacemos más que obedecer. —Sea como fuere, quiero salvar a unos cuantos diablos de esta hecatombe. Vamos, le pido que libre a cincuenta. —¡Es demasiado! —Piense en los suyos. Hay que comprender a los desgraciados, Krugg. Las casas burguesas no han recibido la visita de los soldados. ¡Vamos! Le condujo a la rue d'Avelghem. En las naves de las hilaturas halló a muchos conocidos, patronos de Roubaix, que acudían a salvar a sus protegidos. Allí se discutía, se rogaba y se reclamaba. Finalmente, los alemanes cedieron. Cada uno de los afortunados que escapaba a sus garras se alejaba feliz con su paquete al hombro. David anduvo entre ellos, con paso firme, cogiéndose a las cuerdas y diciendo a Krugg lo repulsivo que era aquello. En todos los «parques» encontraba rostros familiares, viejos conocidos, estafadores, apaches, viejas amistades de los tiempos heroicos y rostros conocidos de L'epeule, caras que no lograba identificar, pero que le veían llegar como un Mesías y le llamaban, suplicaban e imploraban: — ¡Monsieur David! ¡Monsieur David! ¡David...! ¡Eh, David! Estaba sumergido y desbordado por la masa. Manos tendidas, miradas angustiadas, gemidos, súplicas, le abrumaban. No sabía a quién dirigirse primero. —Solo cincuenta —dijo Krugg, que conocía a su amigo David. Y David, armándose de impasibilidad, acallando su compasión, intentaba escudriñar en aquellos rostros implorantes el reflejo de las miserias más dolorosas, las más urgentes a socorrer: enfermos, viejos, débiles y aquellos a quienes una angustia interior, una acuciante preocupación convertía sus rasgos, haciéndolos más tensos y ásperos. Iba haciendo salir a aquellos de las filas. —Tú... tú... Muchachas a las que adivinaba virtuosas, muchachos tímidos y desgraciados, deprimidos por aquella primera impresión, todos los débiles, todos aquellos a quienes presentía vencidos por anticipado, recibían su ayuda. Algunas mujeres le besaban las manos, y él las rechazaba, confuso, abrumado, ocultando su preocupación bajo un malhumor afectado. —Esta bien, está bien... Marchaos ya... Con una seguridad sorprendente y un golpe de vista de hombre con mucha experiencia y que ha sufrido mucho, adivinaba las secretas preocupaciones que se escondían bajo los pálidos rostros. En tal empeño ponía todo su corazón. Hubiera querido olvidar sus amistades personales para ayudar solamente a los que verdaderamente sufrían, a los más desgraciados... A su alrededor, no escuchaba más que súplicas. —Monsieur David... Monsieur David... Así fue cómo de repente descubrió a Annie sentada sobre su capa. Annie, la pequeña lavandera... Casi se escondía, avergonzada de tener que suplicar como los demás, y acaso también demasiado orgullosa para ello. No decía palabra y miraba a su alrededor con expresión fatigada y resignada. Súbitamente, vio delante de ella la silueta atlética de David, su rostro tosco, brutal y poderoso. —¡Tú también! ¡Tú también, pequeña! Se levantó torpemente... —¿Por qué no has venido a decirme que te sacara de aquí? ¿Por qué no me has llamado? Annie se ruborizó y crispó los dedos sobre el borde de su corpiño. —¿No quieres marcharte de aquí? Ella murmuró con voz ahogada: —Monsieur David... Se puso a llorar acongojada de haber presenciado tantas cosas en aquellas pocas horas, de haber sufrido, agotado sus fuerzas, soportado los insultos, las risas, el contacto con las rameras, de aquella hez humana y las brutalidades de la soldadesca. Hubiera querido responder afirmativamente, suplicar que la sacaran también de aquel infierno. Pero lloraba solamente, incapaz más que de balbucear como los demás: — Monsieur David... Monsieur David... —Esta también —dijo David. —¿Otra más? —Sí, desde luego. No irá usted

a creer que voy a resignarme a perder a mi lavandera. ¡Vamos, pequeña, coge tus cosas y vuelve pronto a tu casa! Annie se alejó, sin pronunciar palabra, atemorizada, llorosa, sollozante de alegría, arrastrando su paquete loca de felicidad. Le parecía que su corazón, iba a estallar. Interiormente se repetía aquel nombre: «David, David», como si rezara una oración de gracias. . . En compañía del teniente Krugg, David salió al patio de la fábrica. Krugg se echó a reír: —Las muchachas le harán cometer muchas tonterías, Monsieur David. . . —Qué quiere usted; no puedo resistirme —respondió él. Pero no siguió bromeando. Aquel mismo día, Alain Laubigier fue también conducido por la guardia imperial a la rue d’Avelghem. Y allí estaba encerrado, en unión de François van Groede, el hijo de Flavie y una masa de hombres y muchachos. François, un año menor que él, estaba atemorizado. Alain, que había sufrido mucho en la cárcel, codeándose con el hampa, estaba más tranquilo y consolaba a su primo. Unos cuantos habían formado un grupo aparte. A las nueve, se les unieron unos cuarenta recién llegados, muchachos de quince a dieciséis años, con gorros de colegial. Eran, los alumnos del Instituto Turgot, a quienes los alemanes, después de haber prometido dejarlos en libertad, habían ido a buscar a la misma escuela con los demás. Aquellos muchachos estaban atemorizados. Durante todo el día reinó en la inmensa fábrica una agitación increíble: rumor de multitud, risas, lloros, disputas y lamentos. Uno comía, otro reía, otro cantaba, un cuarto hacía señas a las mujeres, un grupo discutía con los guardias, otros hacían planes para escaparse. Muchos suplicaban a los soldados: un hijo enfermo, una madre desamparada. Algunos ofrecían dinero. Pero los alemanes permanecían incorruptibles. Pronto llegaron desde el exterior socorros para algunos. Una vez más pudo apreciarse allí el favor y la protección de que gozaban algunos en sus casas. Todo el que tenía un amigo, una amistad capaz de ejercer alguna influencia en la Kommandantur, se acordaba de ella y escribía pidiendo ayuda. Por otra parte, las familias de las víctimas hacían cuanto podían para salvarlas. Oficiales, mujeres de moralidad dudosa, traficantes de oro, eran quienes podían hacer algo y todos acudían a humillarse, a suplicar a aquellos influyentes. Como resultado de ello, desde primera hora de la mañana hasta la noche, desfilaron por la rue d’Avelghem una multitud que abrumaba a los alemanes con sus súplicas. Se voceaban nombres en voz alta. El elegido salía del rebaño y se alejaba, temeroso y sin atreverse a creer en su buena fortuna, bajo la mirada envidiosa de los demás. Finalmente, después de ver el gran número que escapaba de las naves, todos acabaron por sentirse invadidos por la esperanza. ¿Por qué no iba a tocarles a ellos el turno, al fin y al cabo? ¿Quién sabía? François se pasó el día con los ojos fijos en la puerta por donde entraban los emisarios. —Mamá debe estar haciendo algo —se decía—. Ya verás, Alain, ya verás cómo no nos deja aquí. Sentía tanta confianza que terminó por truncar la indiferencia de Alain. —¿Quién sabe? Quizá tengas razón. . . Y el muchacho, a pesar suyo, empezó a confiar en que su madre también. . . Era fácil que en el momento menos pensado oyera pronunciar su nombre en aquel tumulto, para salir, volver a su casa, escapar a aquella pesadilla. Pero ¿qué podría hacer una pobre mujer como Félicie Laubigier, que no tenía dinero, que no conocía a ningún boche? Acudían muchos ricos, patronos, caballeros y damas de alto copete. Iban a reclamar una criada, un criado, un protegido, el hijo del contramaestre, de un obrero, de algún desgraciado que había ido a suplicarles. Desde luego, sus peticiones cerca de las autoridades tenían cierta fuerza. Acudían allí guiados por unas intenciones loables, caritativas y, sin embargo, se les juzgaba con amargura. Los alemanes no habían apresado a los hijos de las familias burguesas. De aquel hecho todos se habían dado perfecta cuenta, por la mañana, a la hora de la redada. Por otra parte, se veía a aquellas gentes, ricos y oficiales, tratarse de forma distinta que los soldados y la plebe. Se saludaban correctamente. Ante las damas, los oficiales alemanes se inclinaban con la cortesía seca, pero extrema, del alemán bien educado. —Capitán. . . —Madame. . . Se les veía desenvolverse con una educación, una cortesía tan pulcra, que sorprendía e indignaba. La gente encerrada allí dentro no comprendía, no admitía aquello. ¿Cómo era posible estrechar la mano a los boches, sonreírles y hablarles con cortesía? La gente observaba con estupor cómo entre los ricos, entre los representantes de las clases dominadoras, la guerra había conservado algo de cortés, de convencional, de bien élevé. Nada de soldadesca, nada de golpes, de groserías y de insultos recíprocos. Nada de odio aparente, de rebelión, de negativa vehemente a toda concesión, y una urbanidad de personas educadas, algo que todavía recordaba el antiguo estado de cosas, la guerra con puntillas, con igual cultura y educación. Pero todo aquello tenía, sin embargo, algo de penoso. Daba la impresión clarísima de que la guerra, el odio, como el trabajo, el hambre y el sufrimiento, está hecho sobre todo para los humildes, para el pueblo. . . Alain y François comían, de vez en cuando, algo de sus provisiones, escuchaban los relatos de sus compañeros. Un apache se inquietaba por la suerte que hubiese podido correr su amante, detenida al mismo tiempo que él, y la buscaba con afán. Un hombre furibundo contaba a todo el que se prestaba a escucharle que si se encontraba allí era por culpa de su mujer. Ella tenía un amante, un oficial alemán, y así había hallado la forma de desembarazarse de un marido molesto. Un muchacho lloraba. Le habían arrancado de la cabecera del lecho de su padre agonizante. Hubo incidentes burlescos cuando llegó la orden de dejar en libertad a los alumnos del Instituto Turgot. Bribones de todas clases y de todas las edades y de pelo en pecho se mezclaban entre los colegiales con la

esperanza de salir con ellos. François, que no tenía más que diecisiete años, quiso imitarles, pero los alemanes le miraron las manos duras y callosas y lo devolvieron a la nave con un puntapié en los riñones. Poco a poco, los soldados fueron haciendo una selección entre aquella multitud. Examinaron las tarjetas de identidad de todos los detenidos y soltaron a los padres de cuatro hijos y a aquellos que tenían el pelo encanecido. Procedieron a examinar las cabezas de todos los presentes y algunos discutieron con los soldados, alegando que tenían el pelo canoso y protestando contra la decisión de retenerles. Así transcurrió el día. Al anochecer, los alemanes llevaron algunos jergones. Hubo peleas, y únicamente los más fuertes pudieron hacerse con uno. Los demás durmieron como pudieron. A la mañana siguiente distribuyeron un café turbio con un fuerte sabor a alcanfor. En previsión de un viaje en el que los hombres y mujeres irían mezclados, los alemanes administraban un anti afrodisíaco a aquel rebaño humano. Luego colgaron del cuello de cada detenido una etiqueta con un número, como si fueran bueyes. Hicieron salir a la multitud a los andenes contiguos a la fábrica, donde estaban dispuestas unas hileras de vagones de carga, en los que les hicieron subir a todos. Alain se encontró en un furgón en compañía de otros seis muchachos y veintiocho mujeres, todos aturdidos y llenos de angustia. Siguió el ruido metálico de los parachoques, y una confusión indescriptible en los andenes. Un cuarto de hora más tarde el tren donde iba emprendió la marcha suavemente con dirección a Lille. Todos se sentían embrutecidos y excitados al mismo tiempo. Aguardaban la aventura, agolpados en las puertas. Unos miraban, otros gritaban, muchos cantaban a manera de desafío a los alemanes. El tren se deslizaba lentamente a través de la llanura rica, unida y poblada, que se dominaba desde lo alto del terraplén. En el furgón de Alain había siete u ocho rameras, unas cuantas obreras y dos o tres muchachas que parecían más educadas y también mucho más horrorizadas. En un rincón, una mujer de cincuenta años abrazaba a sus dos hijas, a las que no había querido abandonar. La presencia de aquella mujer madura, de aspecto respetable, imponía en el vagón una atmósfera de decencia. Pero, a pesar de todo, el ambiente estaba cargado de recelos. Se insultaba a los centinelas alemanes que guardaban la vía, se entonaban canciones patrióticas y nadie quería demostrar su inquietud y su tristeza. Todos aparentaban una despreocupación que no sentían. A lo largo de la vía, las gentes agitaban sus pañuelos en señal de despedida, a la vez que les daban gritos de adiós y de ánimo. Atravesaron Lille. Por doquier, al paso del tren, gentes en las ventanas, adioses con la mano, y en el fondo de un patinillo del barrio de Fives un hombre de pie de cara al convoy agitó heroicamente una bandera tricolor, ondeándola con ambas manos. Nadie dio crédito a lo que estaban viendo, y a los ojos de todos asomaron las lágrimas. Horas después, la exaltación de la marcha se contagió a todos los ánimos. Colgados en racimos alrededor de las puertas, saludaban la aparición de cada pueblo con un gran clamor, silbando a los alemanes y cantando la Marsellesa. Cada cual tenía en su hato comida y bebida, coñac químico, agua, galletas, tocino, leche condensada, miel. Todos bebieron, muertos como estaban de sed. Aquella exaltación terminó por subírseles a la cabeza, embriagándoles como si fuera alcohol. Sus mejillas ardían, sus voces enronquecían, y todos se sentían muy próximos a las lágrimas, a la risa, y a la desesperación al mismo tiempo. Aquello duró mucho tiempo, mientras el tren seguía con su marcha monótona, lenta, regular, entre terrenos llanos, entre bosques, interrumpidos por caseríos de ladrillos y de tejas, que formaban como pequeñas manchas en el paisaje. Al anochecer se calmaron los ánimos y un silencio extraño reinó en los vagones. Todos trataron luego de dormir como pudieron, pero pronto una necesidad torturó a todo el mundo. Habían bebido demasiado. Se aguantaron, aguardando a que el tren llegara a cualquier parte, que se detuviera unos instantes para acudir a los retretes. Pero el convoy continuaba su marcha inexorablemente. Pronto los hombres orinaron por las puertas, sobre la vía... Una muchacha desplegó un periódico e hizo sus necesidades. Todos se pusieron a gritar. ¡No eran animales! A algunos les dieron ganas de vomitar. Unas mujeres se echaron a llorar desesperadas, sintiendo que se ponían enfermas. Fue necesario, finalmente, que dos hombres las sostuvieran por las manos, una tras otra, para que pudieran hacer sus necesidades en el exterior del vagón, colgadas sobre la vía. Lamentable humillación que hizo saltar las lágrimas a muchas. Al día siguiente, al anochecer, llegaron a un pueblo en plenas Ardenas. Estaba situado en el fondo de un valle. Se le adivinaba rodeado de bosques oscuros sobre el firmamento azul. Los haces de luz, los focos movedizos de los reflectores se entrecruzaban cielo. Los ulanos alojaron al grupo en un troje. En cada estación habían dejado al pasar un vagón que quedaba atrás con toda su carga humana. Pero nuevos grupos llegaban de otros lugares. Pronto llegaron a ser ciento cincuenta entre muchachos, hombres y mujeres. El troje era inmenso, negro, apenas iluminado por algunas antorchas. En el suelo había virutas y en el techo unas vigas donde unas sombras ágiles hacían equilibrios: las ratas. Alrededor de aquel troje, situado en un extremo de la plaza del pueblo, los campesinos se congregaban embobados. Tomaban aquella tropa por un equipo presidiarios franceses conducidos por los alemanes para hacer trabajos forzados. Los detenidos tenían hambre y frío. Algunos hombres recogieron virutas e hicieron fuera del troje una inmensa hoguera, alrededor de la cual se calentaron. Alain, que tenía algo de dinero, logró comprar pan y sidra a un campesino. Lo compartió con François y las mujeres del vagón. Los demás pronto le

imitaron. Recurrieron a los campesinos y estos trajeron litros y más litros de sidra. Se bebió sin tino. Alain la encontró exquisita. Compró otra vez y François le imitó. Pronto se sintieron excitados. Aquella bebida dulce y traidora se subió a la cabeza de todas aquellas gentes. Alguien tenía un acordeón y entonó un aire de danza, se pusieron a bailotear y pronto se formó una orquesta de flautas, armónicas y acordeones que asesinaban vales populares. Creció el baile, la bebida y las canciones. Aquello se transformó en una bacanal. La mayor parte de las mujeres procedían de los cabarets más bajos, y los hombres no eran mejores. Contagiaron a todos y pronto nadie se acordó de la fátiga de aquellos dos días, de los pesares, ni de las angustias. Se bailaba a la algarabía de la música y de los golpes que daban en las paredes para llevar el compás. La claridad rojiza del fuego de virutas iluminaba la escena. Cada cual gastaba su peculio, invitando a desconocidos, olvidando la miseria que les esperaba al día siguiente y emborrachándose de ruido, alcohol y baile. Pronto tomó aquello el carácter de una orgía crapulosa. François van Groede, el primo de Alain, entusiasmado, libre, medio loco por la bebida, por la excitación y la embriaguez sensual, intentaba arrastrar a Alain entre gritos, aullidos y besos a las muchachas. —¡Somos hombres! —gritaba—. ¡Somos hombres! ¡Ven, ven! Y Alain se dejaba arrastrar bailando, cantando y bebiendo, como los demás, hallando todo aquello muy placentero. En un rincón del troje, un grupo de muchachas aterrorizadas y aturdidas permanecían apartadas de aquella orgía. Se burlaban de ellas y llamaban al lugar en donde estaban refugiadas «el rincón de las vírgenes». Todos los demás, tanto mujeres como hombres, valsaban excitados y sin recato. Únicamente, de vez en cuando, se veía a alguien alejarse para vomitar o satisfacer una necesidad, pues aquella terrible sidra primeriza que revolvió los estómagos y los intestinos, completaba el carácter brutal de la fiesta. Alain, fátigado, se detuvo. Se sentía acalorado, febril, fuera de sí. Se dio cuenta de que estaba borracho y dispuesto a todas las bestialidades. Se prohibió a sí mismo terminar el jarro de sidra que había ya empuñado con avidez de sediento. Se alejó, apartando las parejas que encontraba a su paso, y fue a refrescarse la frente en una zanja llena de agua. Sentía un dolor de cabeza y un desprecio hacia sí mismo que no podía explicarse. Permaneció media hora mojando su pañuelo en el agua y aplicándoselo al rostro. Regresó hacia la claridad rojiza que delataba el lugar del troje y la gran hoguera de virutas. Le producía profundo disgusto mezclarse de nuevo con aquella turba. Bordeó el troje para buscar un seto, a cuyo abrigo tumbarse a dormir. Tropezó con el cuerpo de un borracho dormido, pasó junto a las mujeres que estaban en cuclillas y hombres, apoyados en la pared, que vomitaban. Se encaminaba hacia un seto cuando escuchó un gemido. En la oscuridad reconoció a François, su primo, que devolvía penosamente su sidra. —¿Qué tal estás, François? —Un poco mejor —gimió este. Volvió hacia Alain un rostro enrojecido, embrutecido. Desde lejos llegaba el clamor de la orgía y el resplandor rojizo de la fogata. Alain arrastró a su primo hasta un seto y François se tumbó en el suelo, apoyando la cabeza en las manos para dormir. Permaneció unos instantes de pie, con la cabeza dolorida. Le obsesionaba el pensamiento de su madre y de su hermana Jacqueline. Enrojeció de vergüenza. Por encima de todo, hubiera querido no haberse dejado arrastrar a aquella bacanal. Hasta él llegaron unas carcajadas que aumentaron su remordimiento y su disgusto. De pronto, escuchó unos sollozos. Se agachó. Era François. —¿Estás enfermo? —No —dijo François. —¿Qué te ocurre entonces? —Pienso en mi casa... en mi madre... El pobre François no pensaba ya en ser un hombre. Se sentía vagamente en peligro, en medio de un peligro que, sin duda, no haría daño a su cuerpo ni a su salud, pero que no por ello dejaba de adivinar menos terrible, aunque sin comprender por qué. Se echó a llorar como un niño. Alain intentó consolarlo, pero él tampoco estaba muy lejos de seguir su ejemplo. Nunca se había sentido tan niño, tan débil, tan desamparado. Aquello le humillaba. Un solo día de libertad y ya comenzaba a cometer locuras... ¡No! Todavía no eran hombres... El valle era profundo, verde, lleno de sombras y de corrientes de agua. Altas colinas boscadadas y sombrías, selvas de abetos negros, de encinas, de hayas y álamos de troncos blancos lo dominaban. Encima, el cielo alto, azul y ligero, sobre cuyo fondo se recortaban las colinas. No soplaban ni una ráfaga de viento, el clima era más seco y caluroso que el de Flandes y el aire puro olía a savia y a resina. Daba la impresión de que aquel valle perdido en las Ardenas estaba a mil millas de la Gran Guerra y del mundo. El pueblo, en el fondo de la cañada, se extendía a lo largo del arroyo. Corriente poco profunda, increíblemente clara y viva, que susurraba al deslizarse entre los cantos rodados, sobre una arena dorada. El pueblo era de piedra gris y blanca, con los tejados de pizarra, echando de menos Alain y aquellas gentes del Norte el ladrillo, el sucio ladrillo rojo renegrido, tan imprescindible a sus ojos como la monotonía de la llanura. Tras algunas semanas de maravillosa contemplación, tanto Alain como los demás se habían cansado de aquellas colinas, de aquellas murallas alzadas siempre al cielo como un obstáculo. Echaban de menos la llanura como los marinos el mar. La cuadrilla de hombres y mujeres habitaban un extenso establo situado en las afueras del pueblo. Recibían peor trato que el de los muchachos que estaban agrupados en el propio pueblo, en una gran casa, especie de mansión solariega abandonada. Alain iba frecuentemente a ella, porque su primo François había permanecido allí. Le visitaba, le ayudaba y le llevaba de comer. El espectáculo de aquel gran edificio y aquel grupo de muchachos y muchachas de catorce a dieciséis años era pintoresco. Los alemanes no se ocupaban siquiera de

ellos. Como eran demasiado débiles e indisciplinados para cualquier trabajo, les habían abandonado a sí mismos. Únicamente les entregaban cada semana un saco de guisantes, su pan, su tocino y sus patatas. Vivían como salvajes, en un desorden loco, apilados en grupos de cincuenta en las habitaciones, en los salones, en las cocinas, robando, rompiendo, destruyendo, peleándose y odiándose mutuamente. Rompían los artesanados y los muebles para hacerse la comida, y cada cual se hacía su fogón, uno en el jardín, otro en medio del vestíbulo, otro en el granero... cien veces estallaron incendios y apenas podía explicarse cómo no estaban todos abrasados. Cada semana, dos días después de la distribución de los víveres, habían ya devorado todo, derrochándolo o trocándolo a cambio de billetes o de peonzas en las tiendas del pueblo. También habían dado fin con su dinero, sus equipajes, su ropa interior y su calzado, vendiéndolo o cambiándolo entre los campesinos. Muy pronto, una buena parte anduvieron casi desnudos, sin zapatos ni chaquetas y, algunas veces, sin camisa o sin pantalones. No se lavaban ya nunca. Frecuentemente, hacían incursiones a los cultivos de las afueras del pueblo, cogiendo todo lo que podían. A la vuelta se peleaban entre sí por las mejores piezas y el patio era testigo de verdaderas batallas campales. Alain se ocupaba de su primo François, que formaba parte de aquel grupo. François se peleaba, recibía golpes y derrochaba sus provisiones, como los demás, y sufría también hambre y privaciones. Finalmente, Alain pudo obtener de los alemanes que le confiaran a su primo y le encontró un puesto en la granja de Bricard, donde le encargaron guardar las vacas. Alain se había hecho amigo de Bricard. Algunas menudas atenciones habían servido para que se pusieran a su favor, y gracias a su preciosa amistad, no era desgraciado del todo. Vivía en su casa y recibía provisiones de pan, de carne e incluso de ropa blanca. La vieja Bricard lavaba la ropa del muchacho con la demás de la granja, donde, a pesar de la guerra, reinaba cierta abundancia. Había pan candeal, leche, mantequilla, huevos y patatas. Los granjeros mataban, de vez en cuando, una ternera, un cerdo o un buey. Comparándola con la existencia de Roubaix, aquello era la opulencia para Alain. Durante el día iba con los demás hombres al bosque, a talar árboles para los alemanes. Era un trabajo rudo, sano, casi alegre, que le daba ocasión para respirar a pleno pulmón. Todos estaban bien alimentados. Cada cual se las ingeniaba para añadir a la ración ordinaria otros alimentos suplementarios. Unos, como Alain, habían logrado la amistad de campesinos de la región; otros habían entrado en cualquier hogar con suerte, hallando, junto a cualquier belleza aburrida, la cena, la morada y el resto. Y, finalmente, otros, que hablaban alemán y que poseían talento particular, como cantar, tocar el acordeón, hacer juegos de manos y otras cosas, hacían valer su ingenio junto a los oficiales y suboficiales y recogían los restos de la cantina. Había incluso uno, un cierto Mourlebaix, viejo cliente del «Bac a Puces», vagamente conocido de Alain, que había logrado el favor especial del comandante, el Hauptmann Von Reinach, gracias a un repertorio infinitamente variado de historias judías, marselesas o gasconas. Von Reinach era un coloso barrigudo, el verdadero tipo del alemán de las caricaturas: el cráneo pelado, la nuca desbordante, la tez de ladrillo y los ojos a flor de piel. No entendía una sola palabra del francés. Pero le habían traducido las anécdotas de Mourlebaix y, una vez hubo gustado aquella sal gala, no pudo prescindir de ella. Se hacía acompañar en sus fondas a través del bosque por el propio Mourlebaix y por un intérprete que traducía escrupulosamente al alemán los dimes y diretes del francés. Era un «filón», como otros, que proporcionaba a Mourlebaix toda clase de favores. Como era astuto, aprovechaba sus buenas relaciones con los enemigos para mandar a Roubaix paquetes con carne, pan y mantequilla. Gracias a él, pudo Alain hacer llegar provisiones a su madre. En el fondo no se lamentaba de su situación. Los jefes de cultivo se mostraban a veces muy exigentes, pero su actitud era más bien afectada y dictada por las conveniencias de mostrarse dignos de la confianza de sus jefes, que por verdadera severidad. Enviaban allí a los heridos en período de convalecencia y, aunque tenían la consigna de mostrarse duros en el servicio o corrían el riesgo de ser enviados de nuevo al frente, no ponían ferocidad en su tarea. Al anochecer, después de la tarea, tenían una hora libre hasta el toque de retreta. Volvían a reunirse todos en el inmenso granero de madera y tejado de pizarra donde se alojaban. Encendían hogueras para hacer la cena y calentar el café y comían en la hierba, echados aquí y allá, al abrigo de un seto, debajo de un árbol o en el fondo de una fosa. Luego, comenzaba el baile, que se hacía todas las noches. Alain acostumbraba entonces a alejarse. Remontaba el camino del bosque, hacia la cumbre de aquellas colinas que aprisionaban y entristecían su mirada de hombre de las llanuras y contemplaba desde allí el mar inmóvil de las cañadas y los valles, la infinita extensión del bosque verde y negro hasta que iba a confundirse con los horizontes grisáceos. Detrás de aquella bruma donde el cielo se confundía con la tierra, estaba Roubaix, su madre, su casa. Soñaba con ellos muchas veces, pero había terminado por aceptar su destino con una especie de fatalismo. Trabajaba, vivía, hacía su voluntad. ¡Lo demás que esperara...! Ya estaba cansado de preocuparse. Había recibido demasiados choques, demasiadas noticias exultantes o desesperanzadoras: Roubaix liberado... Roubaix en llamas... Alemania triunfante... Alain estaba dispuesto a no creer una sola palabra de cuanto le decían. Fue en el curso de aquellos errantes ensueños cuando encontró a Juliette Sancey. La conocía de antes. La había visto algunas veces en L'epeule. Era la hija de Madame Sancey, la gran comerciante de cortinas, y pertenecía, por tanto, a una rica familia.

Madame Sancey era una viuda rígida, en la que se hermanaban la caridad y la austeridad. Tenía muchos hijos, bien educados, instruidos y dóciles. Juliet era su hija mayor. Había llegado en el mismo vagón que Alain y ambos habían sentido en seguida aquella simpatía misteriosa, gracias a la cual, pese a todo, sobrevive la juventud y la sinceridad en el mundo. Juliette Sancey sufría a causa del ambiente bajo y grosero en que se había visto hundida. Su ingenuidad de muchacha rica la había hecho sufrir en seguida las humillaciones más espantosas y las más hirientes bromas. Alain no era hijo de burgueses, pero había comprendido en seguida el sufrimiento de aquella muchacha, brutalmente arrancada de un medio puro y rígido para encontrarse entre ramerías, rufianes, truhanes e incluso histéricas. Había dos, especialmente, cuyos espasmos y crisis eran el regalo de los que gustaban los espectáculos fuertes. Las galanterías de los alemanes, de los demás hombres, las camas juntas, los jergones llenos de miseria, las escenas vergonzosas sorprendidas al mediodía, durante la siesta, y por la noche, en torno a ella, las abluciones descaradas, el tocado en común en el arroyo, entre las risas, las bromas y los testimonios de admiración de los espectadores masculinos; todo aquello había espantado a Juliette. Igual que Alain, había huido, se había refugiado en la soledad, tratando de apartarse del contaminado ambiente que la rodeaba. Y así había encontrado a Alain, que la protegía, que comprendía sus pesares, sus tristezas, sus deseos de evasión y de aislamiento. Para no perder aquel apoyo, había aceptado las bromas, las alusiones, las precisiones de sus compañeras: «La Sancey se entiende con Alain. . .». A veces, al pensar en Roubaix, en su madre, en la vida normal que volvería a emprender algún día por lo menos, se reprochaba aquella familiaridad con alguien que no conocía apenas, arriesgando así su reputación de muchacha seria. . . Pero, por otra parte, caer bajo la dominación de los otros era algo que le repugnaba. Alain había terminado por cederle su sitio en casa de los Bricard y volver a dormir en el albergue común para que Juliette tuviera, al menos, su casa, su reducto donde hallarse sola y libre. No se atrevía siquiera a analizar la clase de sentimientos que le unían a Juliette. No le cabía ninguna duda de que para los demás la muchacha era su amante. Incluso para los mismos Bricard, gentes un poco ásperas y severas, la amistad de Juliette y de Alain era objeto de inocentes bromas. Todo aquello contribuía a producir cierta influencia en Alain. Una cosa aceptada como normal no era, sin embargo, cierta. Llegó a preguntarse si no era ridículo, por parte de él, prolongar aquella situación. La juventud es capaz de cometer bastantes locuras para no parecer ridícula. Algunas mujeres, mayores que él, comprendían mejor lo que pasaba en el fondo de su espíritu y no dejaban de acuciar su orgullo de hombre. —Te toma por un c. . . Te incita y, luego, se burla, de ti. ¿Qué esperas para robarle su. . .? ¿No te das cuenta de que estás haciendo el ridículo, pequeño? Ellas sentían la envidia y el odio de la mujer caída hacia la que ha sabido permanecer limpia, así como el deseo y el ansia de las impuras para hacerla caer. Sin embargo, Alain dudaba. Sabía perfectamente dónde estaba el bien y la justicia. Después de todo, nada probaba que Juliette se estuviera burlando de él y que lo tomara por un tonto. Podía ser que ella fuera, por el contrario, como él pensaba. ¡Qué decepción, qué despertar tan vergonzoso para ella, si él se comportaba de otro modo! Aquella idea le hacía retroceder y, además, tampoco le tentaba demasiado la cosa. Sentía tranquilo su espíritu y no le obsesionaba ningún pensamiento turbio. Más bien, por el contrario, aquellas cosas le repugnaban un poco. Se guardaba bien de confesárselo a los demás, pero la carne no le tentaba. El adolescente, el joven, guarda el pudor de sí mismo mucho más de lo que pueda imaginarse, y se parece en ello a las muchachas. Presentía que aquella amistad entre Juliette y él era una cosa bella, delicada y preciosa. Romperla, únicamente para adaptarse a las costumbres de los demás, le parecía triste y bestial. A pesar de todo, parecía que aquello era necesario, algo así como un rito que había que cumplir. En el fondo lamentaba no poder seguir la conducta general y, por eso, terminó por resignarse a probar su suerte. Pero el animoso Alain no tenía nada de seductor. Sus primeras maniobras de aproximación tuvieron un resultado singular. Juliette no se defendió, pareció tolerar sus requerimientos con aquel consentimiento que se tiene para el sacrificio propio. Se echó a llorar con lágrimas inocentes, un poco simples, las lágrimas de la muchacha que no sabe, que no puede defenderse y que se da cuenta de que se está entregando, encadenando. . . Con frecuencia, para un hombre, esas lágrimas no cuentan. ¿Quién se detiene ante tales tonterías? Pero Alain se detuvo. Sus dieciocho años, unidos a un cierto candor natural, el recuerdo de su madre, de su hermana, la falta de vicio y una especie de recelo inexplicable le impidieron ir más lejos. Experimentó una rebeldía contra sí mismo y contra los demás, se juzgó un depravado, un ser sin corazón, sin nobleza, y pensó en su hermana Jacqueline. Deseó cualquier mal a toda aquella cuadrilla que había podido aconsejarle cometer aquella bajeza. Pasaría por un imbécil, pero haría su propia voluntad, lo que juzgase más justo. Al tomar aquella decisión, experimentó un verdadero bienestar, un alivio infinito. Así prosiguieron su amistad, castamente amorosa, gustando con sus jóvenes espíritus el esplendor infinito del bosque de las Ardenas, el agua, el cielo infinito, maravillándose de todo aquel paisaje extendido ante sus ojos. Les parecía prodigioso encontrar en el bosque frescas silvestres y avellanas, ver correr las liebres, huir los faisanes y las perdices, atravesar un jabalí un claro en el fondo de los bosques y descubrir en medio de una meseta árida una mancha de hierba verde y tierna, un lugar fresco y sombreado al lado de una fuente, como la huella de una ronda de

hadas. Para los muchachos de las ciudades, cada minuto pasado en el campo constituye una revelación. Todo les sorprende. Reconocen cosas que no han visto jamás y de las que no tienen idea más que a través de las ilustraciones y las lecturas. Las manchas de musgo, el sabor de los frutos silvestres, las hormigas transportando sus larvas, las ranas croando a la orilla de los charcos, les sorprendía del mismo modo. Aquella era una vida más larga, más sana, que la desgracia les obligaba a vivir y que, a pesar de sus miserias, les dejaría más tarde una vaga nostalgia de sus primeras horas de ternura, en un bello paisaje de colinas, de rocas y de bosques. Después de la siega y la recolección de la remolacha, los alemanes devolvieron al Norte al grupo de jóvenes que habían reclutado a primeros de año. Por mediación de Mourlebaix, el bufón del comandante, Alain consiguió hacerse inscribir con Juliette en la lista de los que iban a repatriar. Abandonaron las Ardenas a primeros de noviembre de 1916. La recolección de la remolacha había podido hacerse con gran rapidez, gracias al tiempo excepcional que reinaba. La vuelta, cosa extraña, fue más triste que la ida. Se habían agrupado según sus afinidades, entre gentes de los mismos gustos, del mismo espíritu, pero se sentían demasiado abatidos para pensar en reír. Todos reflexionaban, se preguntaban lo que encontrarían en Roubaix, casa, familia, hogar. Una inquietud, la inquietud que sigue a las largas ausencias, quitaba toda alegría a su regreso. Alain estaba en un vagón con Juliette Sancey. No hablaba mucho. A medida que se aproximaban a Roubaix, sentían que iban convirtiéndose en extraños. La vida normal volvía a ejercer su dominio sobre ellos, con los mismos convencionalismos, las diferencias sociales y los obstáculos de toda clase. Se hubiera dicho que salían de un sueño para ir a caer nuevamente en la realidad. Las Ardenas, que no hacía siquiera unas horas que habían abandonado, como el recuerdo de una visión. Alain se daba cuenta de que Juliette sentía todo aquello, como lo sentía él, y de que el pensamiento en la vida que les esperaba ponía en sus ojos aquel velo de tristeza. Un día entero duró el viaje. Llegaron a Lille a las seis de la tarde, reconociendo vagamente en las tinieblas la ciudad y el paisaje. Y con gran emoción, apelotonados en la puerta de los vagones, siguieron con la mirada el campo inundado de sombras, gritando y exclamando: —¡El «Lion d'Or»! ¡El Gran Boulevard! ¡La estación de la Croix! ¡El puente des Arts! —Algunos se echaron a llorar cuando estaban apenas a quinientos metros de la estación de Roubaix. Se desparramaron por los andenes, salieron de la estación. En la Place de la Gare esperaba gente, familias enteras, avisadas no se sabe cómo. Juliette Sancey encontró a su madre y se lanzó en sus brazos. Alain se apartó de ella, buscando inútilmente con la mirada a su madre o a Jacqueline. De repente escuchó su nombre. Juliette, detrás de él, le cogía por la manga. — Monsieur —dijo Madame Sancey—, le debo mucho... Juliette me lo ha contado todo... He de darle las gracias... —Madame —balbuceó Alain—. Madame... —Sí, sí —dijo Juliette—. Ha sido muy bueno conmigo, mamá, y muy animoso. ¡Qué desgraciada hubiera sido sin él! Ella hubiera querido decir, explicar todo lo que había hecho, el apoyo que había encontrado en él, pero esas cosas no pueden explicarse en un momento. Las palabras le parecían pobres, no atinaba más que a pronunciar frases triviales y a repetirlas, lo cual le causaba gran turbación. No; desde luego, todo aquello no expresaba nada de la devoción, de la energía y ternura con que la había cuidado Alain. Comprendió que para su madre aquellas sencillas palabras, breves y secas, no tenían ningún significado. A pesar de todo, para Madame Sancey, aquel muchacho no era más que un forastero, un desconocido. Sin duda alguna, le estaba profundamente agradecida, pero no sentía, no podía sentir por él aquella especie de cálido afecto que esperaba Juliette. Su madre no cesaba de darle gracias, hablando de gratitud eterna... Pero todo ello era demasiado cortés, demasiado frío. Nada daba a aquellas palabras calor ni sinceridad. En el fondo, la pobre mujer tenía prisa de alejarse, por volver a su hogar, por alejar de la mente de su hija sus odiosos recuerdos. —Venga a visitarnos, Monsieur —dijo—, tendré mucho gusto en recibirle, en expresarle mi gratitud... Alain se lo prometió y se alejó. Descendiendo hacia L'epeule, se esforzó en borrar de su mente todo aquello y pensar solo en su madre, en Jacqueline y en su hermanito, en su alegría, en la felicidad de volverles a ver, de vivir juntos... Pero, sin comprender claramente la causa, sintió que se había desvanecido en él casi toda la alegría de su regreso. Su inmediata preocupación, después de los primeros días de adaptarse a su antigua vida, fue escapar definitivamente a los alemanes y a sus trabajos de cultivo. En las Ardenas había aprendido a valerse por sí mismo. Su primo François, apenas llegado, se había alistado como obrero en las esclusas del canal de Roubaix para escapar de los trabajos del campo. Era un obrero singular que abandonaba el canal durante jornadas enteras y dejaba que los marineros alemanes maniobrasen ellos mismos las compuertas. Constantemente los «diablos verdes» tenían que ir en su busca y no estaba en su sitio más que los días que tenía que pasar alguna barcaza con cargamento de carbón. Entonces, la saqueaba sin moderación. Gracias a la mediación de un amigo de las Ardenas, cuyo padre trabajaba en la Alcaldía de Roubaix, Alain consiguió también un empleo. Se le confiaron los «C.S.» y el censo de camas en caso de llegada de evacuados. Los «C S», (casos especiales), se llamaban así para engañar a los alemanes. Se trataba en realidad de los refractarios, de los que, como antes el propio Alain, se negaban a someterse a los llamamientos y a inscribirse en los registros alemanes. Tales personas no tenían a los ojos de los alemanes ninguna existencia legal, no podían salir de la ciudad ni recibir su

racionamiento. A Alain le encargaron la tarea de empadronarlos a fin de que pudiesen tener también su racionamiento. Resultaba una misión ingrata. Todo el mundo desconfiaba de él. Las gentes, el pueblo, no establecían ninguna distinción entre la autoridad municipal y la Kommandantur. Con frecuencia recibían a Alain como un espía y era acogido con malos modales. Por otra parte, le era necesario al Municipio saber el número de camas y habitaciones disponibles en cada casa, previniendo la repentina llegada de evacuados, Alain se encargó también de ello. Jamás había visto tanta miseria. Conoció la existencia de prófugos escondidos en las bodegas, literalmente emparedados en espacios bajo tejados, e interiores sórdidos, hogares desgraciados azotados por el hambre y donde el sufrimiento había desterrado todo el resto de humanidad y donde se peleaban por un pedazo de pan. Conoció los esfuerzos desesperados de algunas personas para sobrevivir y alimentarse. Vio cómo criaban aves de corral en las buhardillas, conejos en jaulas en medio de las cocinas, en los lugares donde no tenían patio... cabras y ocas que se criaban en el fondo de las bodegas y toda una sorprendente industria clandestina; cosas todas ellas que le dejaron estupefacto. En una casa fabricaban cerveza con cebada hervida, lúpulo, toneles y calderas. Otro sótano estaba convertido en unas hilaturas, una verdadera fábrica de tejidos con lanzaderas manuales y telares que hacían funcionar con grandes pedales. También descubrió una carnicería, una especie de fábrica de salchichones donde descuartizaban animales que difícilmente se reconocían como terneros o perros grandes. Se les deshuesaba, trinchaba y se les metía en una especie de prensa. Aquella masa salía luego embutida en unas tripas de aspecto tan limpio y translúcido que parecían de buey. La repulsiva suciedad, el olor a putrefacto y el espectáculo de tres carniceros ocupados en descuartizar y trinchar aquella carne repulsiva produjeron en Alain una profunda sensación. Además, descubrió un criadero de setas, una fábrica de velas, una confitería; toda una vida subterránea, ignorada, secreta, que a instancias de los alemanes se perseguía tenazmente. Al principio, Alain penetró en aquellos lugares entre amenazas y sospechas. —¡Si no te callas la boca, recibirás tu merecido! Pero luego, con el tiempo, terminaron por familiarizarse con él. No tuvo más noticias de Juliette Sancey. Algunas veces había pensado en ir a su casa a saber algo de ella. Nunca se había atrevido. Le parecía que se había convertido en un ser extraño, casi un desconocido, que, sin duda, despertaría en Juliette recuerdos penosos. Además, para él la vida en común de las Ardenas era muy lejana, casi irreal. Por otra parte, se mezclaba también su orgullo, su amor propio. Él le había sido útil, le había hecho un servicio y no le correspondía ir en su busca, como si desease una recompensa. ¿Sería verdaderamente feliz si volvía a verla? Toda una diferencia de ambiente y de clase los separaba: la educación, el dinero, las familias; todo aquello había vuelto a surgir después de un período de separación, después de su regreso a Roubaix. ¡Qué feliz había sido, sin saberlo, durante aquella temporada en las Ardenas, en plena naturaleza, al aire libre, sin preocupaciones de pobreza o riqueza, en una especie de igualdad fácil y radiante! Sentía nostalgia por aquella existencia, toda ella lucha, franqueza y simplicidad, como un agujero en una extensa campiña, apacible y luminosa, un paréntesis de la verdadera vida, como debiera ser en realidad el mundo... Aquellos pensamientos acrecentaban su añoranza y empezaba a ver claro en su interior. Había amado verdaderamente a Juliette. Había soñado en realidad muchas más cosas que las que se atrevía a confesarse a sí mismo. A pesar de todo, por lo menos podía esperar un simple encuentro fortuito... Solo hacía falta una feliz casualidad y aquello evitaría, por un lado, cualquier posible anhelo de recompensa y, por el otro, un obligado agradecimiento. A pesar suyo, casi en contra de su voluntad, hizo lo posible para convertir en realidad el encuentro. Pasó varias veces por delante de la casa de los Sancey. Vasta y siempre cerrada, con las persianas corridas en los grandes ventanales del almacén, presentaba un aspecto hostil a los ojos de Alain. De buena gana hubiera interrogado a los vecinos, pero no se atrevió. Durante quince días se obstinó en esperar un encuentro fortuito, pero nunca vio a nadie. Finalmente, un día se armó de valor y, con el pretexto de hacer unos informes para la Alcaldía, interrogó a los vecinos. —¿Los Sancey? Ya no están aquí—dijo un tabernero—. Se marcharon. —¿Se han marchado? —Sí; a Francia. Hace ya más de un mes. Madame Sancey tenía gran temor de que volvieran a reclutar a su hija mayor, que estuvo ya en las Ardenas. Así es que se las arreglaron para ser evacuados. Actualmente están ya en Francia. ¡Qué suerte, Monsieur! ¿Verdad? —¡Desde luego! Quedó aturdido. Dio gracias a sus informadores y se alejó abatido. ¡Se había marchado! ¡Se había marchado a Francia! ¡Ya no podía confiar en volver a ver a Juliette! No se resignaba a aceptar aquella idea. Pero, muy pesar suyo, sintió renacer en él una esperanza. Acaso, después de la guerra... Rechazó con rabia aquella idea. ¡Después de la guerra! ¡Como si Juliette fuera a pensar en él, a acordarse siquiera de su existencia después de la guerra! ¿Y llegaría, acaso, a terminar alguna vez aquella guerra? Todos comenzaban ya a considerarla eterna, a entrever un mundo estabilizado de aquella manera, dividido en dos grupos hostiles. Además, aunque terminara, los alemanes permanecerían indefinidamente en el Norte. Eran demasiado fuertes, estaban demasiado aferrados al país para que nadie lograra expulsarlos jamás. ¿Marcharse también? ¿Él, un hombre? El enemigo no se lo perdonaría jamás. ¿Dónde encontrar, además, a los Sancey? ¿En qué punto de Francia habría de buscarlos? A partir de aquel día, Alain se convirtió en un ser todavía más sombrío, más

triste. Apenas hablaba en su casa. Guardaba grandes silencios, sentía una melancolía involuntaria que llegaba a ser casi huraña. A veces tenía remordimientos, comprendía que inquietaba a su madre. Pero lograba vencerse a sí mismo. Era joven, pero se sentía ya fatigado, abatido por los sufrimientos, igual que todos aquellos a quienes la prolongada guerra había malgastado las energías. Félicie lo contemplaba, sin atreverse a decir palabra. Lo atribuía todo a los sufrimientos pasados en las Ardenas y decía tristemente resignada: «Han cambiado a mi hijo». Alain seguía trabajando para el Municipio. Por lo menos de aquel lado le sonreía la suerte. ¡A cuántos jóvenes del barrio conducían los alemanes a las Ardenas, o al propio frente! Una mañana, cuando se disponía a salir hacia el Ayuntamiento, llamó a su casa un «diablo verde». Alain abrió. El «diablo verde» le pidió la tarjeta de identidad y acto seguido se lo llevó esposado detrás de su bicicleta. Lo condujo a la oficina del oficial. —¿Es usted Alain Laubigier? —Sí, mi teniente. —Tiene usted dieciocho años. Su puesto no está en Roubaix. —Trabajo en el Ayuntamiento... —Tiene usted que trabajar para nosotros en las Ardenas o en otra parte. Saldrá esta misma tarde. —¡Pero si trabajo! Soy útil aquí y tengo a mi madre, a mi hermana, a un hermanito; todos ellos me necesitan. Se lo ruego, señor oficial... Pero el oficial se encogió de hombros. —No puedo hacer nada. Tenga. Vea quién tiene la culpa. Le alargó un papel. Era una hoja de papel, arrugada y anónima. Señor comandante: Tengo el honor de informarle que un cierto Alain Laubigier, que debiera estar trabajando para los alemanes por su edad, permanece en Roubaix... Un vecino envidioso lo había denunciado. Tuvo un acceso de rebeldía y de disgusto. Dio la vuelta a la carta, buscó la firma ausente y cerró los puños con rabia. Pero ¿qué podía hacer? Tuvo que entrar en razón, recurrir a un creciente escepticismo y amarga filosofía: «Conoces a los hombres, Alain. ¿Por qué te asombras?», se dijo para sí. El oficial lo contempló brevemente y, luego, le golpeó la espalda con familiaridad. —Como ve, no es culpa nuestra... ¡Oh, los franceses! ¡Los patriotas! La Kommandantur recibía docenas de cartas anónimas diariamente. Terminaron por colocarlas todas a la puerta del Ayuntamiento de Roubaix, en un tablero, colgado a la puerta de la rue Neuve, en cuyo frontón campeaba la inscripción: «Cómo, los franceses traicionan a sus compatriotas». Lamentable exposición de odios, celos y felonías. Todo se denunciaba. Allí se veía quién ocultaba vino, lana, volátiles... Otros, se dedicaban al espionaje o entraban mercancías de Bélgica... La plebe leía aquello como un periódico, a la vez divertido, irónico y saturado de veneno y de hiel, bajo la mirada burlona de los alemanes. Por la tarde, Alain partió nuevamente hacia un destino desconocido. (*hawaii pacific university yelp*).

Audiolibro Invasi N M Van Der Meersch 2 Parte Cap Tulos V Vi

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>